2555

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CORRER EN POS DE UN IDEAL,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1879.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

Á tiempo	1	H. Giner de los Rios y J. Cont. Crooke.	Todo.
Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	»
Casado y con hijos	1	José Campo Arana	»
Champagne frappé	1	Miguel Echegaray	»
Céfiro enamorado	1	Luis Pacheco	»
Complicaciones	1	S. Contreras	»
Cortar por lo sano	1	A. Sanchez Ramon	»
Donde fueres, haz lo que vieres	1	E. Jackson Cortés	»
Dos sabios	1	Antonio Salazar	»
El egoismo	1	E. Segovia	»
El cuerpo del delito	1	José Jackson Veyan	»
Entre amigos	1	F. Flores García	»
La cinta azul	1	Enrique Prieto	»
La conciencia	1	José del Castillo	»
La escalera	1	Eduardo Guillen	»
Las citas de Carlota	1	Luis Cocat	»
Las orejas del lobo	1	José Campo	»
Lazos del corazon	1	R. Leopoldo Palomino	»
Pedro Ponce y Juan Carrañza	1	José María Nogués	»
Perdido por mil	1	E. Navarro	»
Por el balcon	1	Enrique Prieto	»
Por indicios	1	F. Roccherini	»
Primera carta de amor	1	E. Navarro	»
Sin comerlo ni beberlo	1	I. A. Bermejo	»
Trigninas y filoxeras	1	Jaime Piquet	»
Un rival en la cuna	1	J. Martin y Santiago.	»
Yo pequé	1	Manuel Sala	»
A espaldas de su marido	2	Ildefonso A. Bermejo.	»
La daga de Alfonso XI	2	Francisco Macarro	»
Marte, Baco, Venus y Terpsícore	2	Enrique G. Bedmar	»
Como las golondrinas	3	M. Echegaray	»
Despues de la boda	3	José Campo Arana	»
Don Baldomero Espartero	3	A. Gamayo	»
El cura de San Antonio	3	Ceferino Palencia	»
En el seno de la muerte	3	José Echegaray	»
En la piedra de toque	3	E. Alvarez Gimenez.	»
Las penas del purgatorio	3	J. Campo Arana (*Mú.*)	»
María Estuardo	3	José Campo	»

CORRER EN POS DE UN IDEAL.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)

El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.

Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)

En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI.

CORRER EN POS DE UN IDEAL,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Representada por primera vez en el Teatro ESPAÑOL la noche del 15 de Octubre de 1878.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

ACTORES.	PERSONAJES.
DOÑA RAMONA, madre de.....	SRTA. CALDERON.
SOFÍA, esposa de.....	MENDOZA TENORIO.
EUGENIO.....	SR. CALVO (D. Rafael).
VICENTE.....	CALVO (D. Ric.).
DOÑA RITA, hermana de.....	SRA. REVILLA.
EL SR. DE AROLAS.....	SR. JIMENEZ.
LAURA, sobrina de ambos.....	SRTA. GORRIZ.
UN CRIADO.....	SR. LETRE.

La escena en Madrid en casa de Eugenio.

Año de 18...

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon elegante, pero no extremadamente lujoso; es un verdadero salon de artista algo desordenado.

Á la izquierda del espectador, en primer término, un piano, y suspendido de la pared, con alguna inclinacion, un gran espejo antiguo: en segundo término, un balcon con hojas de cristal.

Á la derecha, en primero y segundo término respectivamente, dos puertas: la primera se supone que da al estudio de Eugenio, la segunda que comunica con las habitaciones interiores.

En el fondo una puerta grande.

Á la izquierda, y en primer término, una butaca y alguna silla, á la derecha, un velador, un sofá y sillas tambien.

Muebles y cuádros antiguos y objetos artísticos esparcidos en desórden, pero sin aglomeracion.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA RAMONA.

(Es de dia.)

Pues señor, esto va mal:
no corresponde mi yerno
ni á mi confianza de madre,
ni al santo y profundo afecto
de aquella niña gentil,

611113

que es para mí todo un cielo,
ahora triste y empañado
si ántes hermoso y sereno.
Pero ¿por qué? ¿por qué causa
se muestra con ella Eugenio
indiferente y uraño,
desdeñoso, hasta grosero,
en fin, y lo digo todo,
¡marido! cuando aún no es tiempo,
porque no cumplióse el año
de matrimonio, y yo creo
que toda luna de miel
son doce meses completos!
¡Mucho más duró la mia
y me supo á mucho ménos!
Vamos, vamos, me confundo
cuando en estas cosas pienso;
y se me altera la bilis;
y cada vez que le veo
toda mi sangre de suegra
se me convierte en veneno.
Con un ángel por mujer,
ó con dos, si bien hacemos
la cuenta, que es mí Sofía,
por el alma y por el cuerpo,
ángel con figura humana
y forma de ángel del cielo.
Con una mamá política
como yo, que sólo quiero
que la haga feliz, no más,
y en cambio á todo me avengo.
Jóven, rico, segun fama
pintor de nombre y de genio,
¿qué es lo que quiere, Dios mio?
para su dicha y contento,
¿qué le falta ó qué le sobra?
¿Por qué siempre su entrecejo
tan arrugado se muestra,
que parece que está preso
en la tenaza de dos
encontrados pensamientos?
¿Por qué busca de contínuo

por los aires y en el cielo,
una pista misteriosa
ó un fantasma volandero?
¿Por qué al mirar á Sofía,
en vez de brotarle fuego
los ojos, como es razon,
y sucedía en mi tiempo,
se empañan de la tristeza
bajo el lacrimoso velo?
¿Y por qué al mirarme á mí,
que soy un manso cordero,
y que nunca le hice mal,
me observa, como diciendo:
«¡ay suegra, si yo pudiese
»ceñir á tu blanco cuello,
»á manera de dogal,
»estas manos y estos dedos!»
Ó es un traidor, ó es un loco,
ó es que el diablo anda por medio.

ESCENA II.

DOÑA RAMONA.—SOFÍA, que entra por el segundo término.

SOFÍA. ¡Ay mamá del alma mia,
hoy como ayer y peor!
Ese hombre no tiene amor
ó tiene otro.
RAMONA. No, Sofia.
SOFÍA. Pues yo te digo que sí.
RAMOMA. Pues dices un desatino.
SOFÍA. Pero si es que yo adivino
que nada siente por mí.
Me lo dicen mis sonrojos,
su indiferencia y su calma,
lo grita á voces el alma,
lo ven con llanto los ojos.
(Acercándose más á su madre y señalando hácia el estudio de Eugenio.)
Mira, si allá, displicente,
olvidada la paleta,

entre las manos sujeta
la inspirada y noble frente,
en su estudio alguna vez
le encuentro, y me acerco amante,
y de él me pongo delante;
ni nota mi palidez,
ni mi llanto con él medra,
ni hácia mí vuelve la cara,
y le hablo, y como si hablara
con una estátua de piedra.
Salga ó éntre, pare ó pase,
yo no existo para Eugenio.
(Con abatimiento.)

RAMONA. Eugenio, niña, es un genio,
y los hombres de esta clase,
tienen unas mismas mañas
todos, precisas y ciertas:
pasarse las horas muertas
pensando en las musarañas.
Y despues á lo que entiendo,
del éxtasis al final,
brota una obra colosal,
ó un desatino estupendo.

SOFÍA. No es eso.

RAMONA. Será otra cosa.

SOFÍA. En el arte no está el quid,
es que algo tiene en Madrid,
y es que no quiere á su esposa.

RAMONA. Pues él no sale de casa.

SOFÍA. Pues será que ella le escribe.

RAMONA. Pues él cartas no recibe.

SOFÍA. Pues entónces ¿qué le pasa?
Madre, dime la verdad:
(Acercándose á ella con mimo.)
sin embajes, sin aliño,
sin que te ciegue el cariño,
sin reparo, sin piedad,
de modo que yo te crea...
(Con imperio creciente.)

RAMONA. ¿Qué es ello? vamos á ver.

SOFÍA. Que quiero, madre, saber
si soy bonita ó soy fea.

RAMONA. ¿Si eres bonita?
(Atrayéndola á sí con amor.)
¡Malaya
el que así te hace dudar!
Ya puede la vuelta dar
al mundo, que á donde vaya
ese hombre de Belcebú,
por mucho que el sol le alumbre,
no ha de hallar bajo su lumbre
otra mujer como tú.
¿Como ésta? (Acariciándola.)
¿Con este hoyuelo?
Quien tal piense mucho yerra.
¡Si por no haberla en la tierra
me la enviaron desde el cielo!

SOFÍA. ¿De veras, mamá? ¡Por Dios!...
(Con alegría algo infantil.)

RAMONA. Vamos, á qué más recato:
(Bajando la voz y mirando á una y otra parte.)
eres mi mismo retrato,
entre veinte y veinte y dos.
(Sofía mira atentamente á su madre y luégo baja la cabeza. Despues una pequeña pausa.)
¿Por qué te quedas callada?
¿Es que no te satisface
acaso este desenlace?
¿Qué no?

SOFÍA. Si no digo nada.
Claro, seré muy bonita,
pero á Eugenio no le inspiro.
Él me mira, yo le miro;
indiferente me quita
(Imitando algo la accion de separar á una persona.)
de en medio, ó me dice, «vete,»
mirándome de soslayo;
coge el pincel con desmayo,
avanza hácia el caballete,
y en dar carácter se empeña
á la cabeza de un oso
que en un cuadro muy hermoso
pintó subido á una peña.

Si esto te parece á tí
que es pensar en su mujer...

RAMONA. (Con arranque de indignacion.)
En tí no, pero á mi ver
es que está pensando en mí.
Le conozco por desgracia,
y adivino su intencion,
y te sobra la razon,
y vaya, no me hace gracia
el proceder de ese loco.

SOFÍA. ¿Ves como al cabo confiesas?

RAMONA. ¿Conque esas tenemos?... ¿esas?...
Señor mio, poco á poco.
¿Con su conducta liviana
usted introduce el mal
en este hotel señorial
de la Fuente-castellana?
Pues yo me encargo de usted,
yo le haré tener más juicio,
yo le pondré, que es mi oficio,
entre el hierro y la pared.
Y digo hierro y no espada
como el caso exigiría,
porque no sé todavía
cuál será el arma empleada.
Conque en guardia, señor yerno.

ESCENA III.

DOÑA RAMONA.—SOFÍA.—UN CRIADO, por el foro.

CRIADO. Está esperando allá fuera,
con una á modo y manera,
así, de ama de gobierno,
una linda señorita
que esta tarjeta me ha dado.

SOFÍA. (Tomando la tarjeta, leyéndola y dando un grito de alegría.)
Laura! Laura que ha llegado!

RAMONA. Sola?

SOFÍA. Con Ventura y Rita.
Pero la pobre no tuvo

paciencia para esperar...

RAMONA. (Al Criado.) Al momento, hazle pasar.

(El Criado hace un movimiento para salir.)

SOFÍA. Espera... No: que allá subo.
Á mi cuarto la conduces.
Anda pronto.

CRIADO. Sí señora.

(El Criado sale por el foro.)

ESCENA IV.

DOÑA RAMONA.—SOFÍA.

RAMONA. Pero, ¿qué te ha dado ahora?
dí, por qué no la introduces
en este salon?

SOFÍA. ¿Por qué?

(Con cierto misterio.)

Porque Laura es muy hermosa:
¡hermosa como una diosa!
y si *él* entra... y si la ve...

RAMONA. Pero si no la conoce.

SOFÍA. Pues por eso. ¡Qué regalo!
¿Buscar á un hombre tan malo,
para su disfrute y goce,
y ademas buscarla yo,
una córte de beldades,
que den á sus soledades
encanto!

RAMONA. Niña...

SOFÍA. Que no.

ESCENA V.

SOFÍA.—EUGENIO, por la derecha, primer término.

EUGENIO. Qué conversacion tan viva!
¿Regañabais?

SOFÍA. Regañar!...
con ella!

(Hace un mimo á su madre y se dirige á la puerta.)

EUGENIO. (Á Sofía.) Vas á marchar...
SOFÍA. (Con sequedad.)
Álguien me espera allá arriba.
(Sale Sofía por la derecha, segundo término.)

ESCENA VI.

DOÑA RAMONA.—EUGENIO.

EUGENIO. (Dejándose caer con languidez en una butaca.)
Me parece que está triste,
ó acaso que está enojada.
Pues no sé... no le hice nada.
RAMONA. (Ap.) (Vamos, si no le resiste
ni el mismo Job que viniese,
y que de sexo cambiase,
y en suegra se trasformase,
y por yerno le tuviese.)
(En voz alta.) Conque nada hiciste?
EUGENIO. No.
Al ménos nada recuerdo
que la ofenda.
RAMONA. Tú ¿estás cuerdo?
Míralo bien.
EUGENIO. Qué sé yo.
RAMONA. Pues oye: voy sospechando...
EUGENIO. ¿Qué sospecha usted, mamá?
RAMONA. Que tu cabeza no está...
EUGENIO. No está, ¿cómo?...
RAMONA. Como cuando
la conociste en Granada.
(Refiriéndose á Sofía.)
EUGENIO. Ya hace tiempo.
(Movimiento de Doña Ramona.)
¿No hace mucho?
RAMONA. Escucha, Eugenio.
EUGENIO. Ya escucho.
RAMONA. Me tienes muy enfadada.
(Sentándose á su lado.)
—Aunque tu orgullo se asombre,
una mujer es un ser,
que sabe odiar y querer

ni más ni ménos que el hombre.
Que tiene alma y corazon.

EUGENIO. No siempre.

RAMONA. Vaya, no empieces.
Por lo ménos tantas veces
como vosotros. (Ap.) (¡Bribon!)

EUGENIO. No diré yo lo contrario:
pero en verdad, no comprendo
á qué viene este estupendo
exabrupto extraordinario.

RAMONA. Pues te lo voy á decir;
porque no puedo callar;
porque yo voy á estallar.

EUGENIO. No estalle usted. Puedo oir.

RAMONA. (Con ternura.) Tú no sabes de seguro
lo que es una hija.

EUGENIO. (Con algo de ironía.) No á fe,
mamá, tan bien como usté,
pero, en fin, me lo figuro.

RAMONA. (Ya impaciente.)
Pues mira, no te lo explico,
porque tú no entenderías
estos sueños y manías;
pero no cierro mi pico
sin decirte en conclusion,
que te cuadre ó no te cuadre,
que una hija, para su madre,
es ser de tal condicion,
que por no ver en su faz
esa constante agonía
que hay en la faz de Sofía,
toda madre es muy capaz.
—y mira que harto me fundo,
y perdona estos vocablos,—
de dar á todos los diablos
todos los yernos del mundo.
(Levantándose con violencia y separándose de Eugenio algunos pasos.)
Conque te he explicado ya
por si esto te regocija
lo que es tener una hija.

EUGENIO. Y tener una mamá.

(Ap.) (Estalló la bomba al fin:
y aún pudo hacer más estragos.
Con cariños, con halagos
se domestica un mastin:
con castigos, con rigores
las más fieras alimañas;
pero nunca hallaron mañas
ni yernos, ni domadores
para vencer la bravía
condicion y el fiero porte
en osos blancos del *Norte*;
ni en suegras del *Mediodía*.)
(En voz alta.) ¿Por qué me dice usted eso?
¿por qué me manda usté al diablo?
Yo, señora, siempre le hablo
con la mesura y el peso
á que me obliga su edad
y á que mi genio se presta:
en cambio usted me contesta
con alguna enormidad,
á que no encuentro disculpa.
¿Por qué esa eterna manía?

RAMONA. Porque es infeliz Sofía,
y porque es tuya la culpa.
Al principio, allá en Granada,
en mi casa de labor,
en donde hiciste el amor
á esa niña desdichada,
eras un chico simpático,
natural y bondadoso;
ni triste, ni nebuloso,
ni grosero, ni enigmático.
Al parecer la querías,
al parecer no me odiabas,
á su lado siempre estabas,
y de mi lado no huías.
Así llegaste á gozar
el envidiable contento
y el dulce recogimiento
que da siempre el propio hogar.
Mas vinimos á Madrid,
para negocios de boda

y acabó la dicha toda:
en aquel tiempo está el quid.
Era la Cuaresma.

EUGENIO. (Algo distraido.) No.

RAMONA. La Cuaresma.

EUGENIO. El Carnaval.

RAMONA. Pues allí empezó tu mal.

EUGENIO. Empezó cuando empezó.

RAMONA. Luégo confiesas que hay algo,
que algo te pasó en la córte.

EUGENIO. ¿Hay paciencia que soporte
tal empeño! Lo que valgo,
y lo que tengo, daría
por ponerle á usté en razon.
Pues en aquella ocasion,
(Como procurando convencerla.)
casado ya con Sofía,
¿no sufrí una enfermedad
nerviosa?

RAMONA. En Granada; cierto.
¡Fiebre, delirio!...

EUGENIO. Por muerto,
¿no me daban?

RAMONA. Es verdad.

EUGENIO. Pues de este mal, no de otro
suceso hablaba.

RAMONA. Entendido.

EUGENIO. ¡Pero usted ha decidido
tenerme siempre en un potro!

RAMONA. (Con algo de ternura.)
En un potro, y con la negra
perspectiva de la fosa,
te velaba cariñosa
esta picarona suegra.
Yo tres horas, y otras tres
la pobrecita Sofía,
y así nos hallaba el dia,
y así la noche despues.
Cuatro meses, las dos solas,
por tarde, noche y mañana,
exceptuando una semana,
que veláron las de Arolas.

EUGENIO. (Levantándose de pronto y hablando con ansiedad.)
¿Las de qué? ¿Qué nombre es ese?
¿Mujeres? ¿Jóvenes? ¿Bellas?
¿Quiénes son? ¿Quiénes son ellas?
No extrañe... que me interese...
(Conteniéndose.)
pero... es tan noble... hay tal aura
de cristiana caridad
en esa accion... Y ¿es verdad
que velaron?

RAMONA. Veló Laura
algunas noches, y Rita,
y tambien veló Ventura.

EUGENIO. Pues yo, con mi calentura
y esta memoria maldita,
no recuerdo... ¿Quiénes son?
Ellas ¿viven en Granada?

RAMONA. No, en Madrid.

EUGENIO. Ya: de jornada
llegaron en la ocasion...

RAMONA. ¿Que tanto te importe á tí
de gente que no conoces,
y que en la pena te goces
del ángel que yo te dí?
¡Que una mirada fugaz
de mujer desconocida
te despierte á nueva vida
y dé carmin á tu faz;
y que aquel amargo llanto
vertido á tu cabecera
por tu esposa y compañera
no consiga más, ni tanto!
¡Qué ni una lágrima pura
conserves de tu mujer,
y te interese saber
si te ha velado Ventura!
¡Conducta tan ruin y negra,
vamos, me saca de quicio,
y me hace perder el juicio
y me da sangre de suegra.

EUGENIO. (Impacientándose.) Eso es hablar por hablar

y pintar como querer.
Yo respeto á mi mujer.

RAMONA. ¡Qué es eso de respetar!
¡Pues no faltaba otra cosa!
Es, que es preciso quererla
con toda el alma y hacerla
en esta vida, dichosa.
¿No es bonita?

EUGENIO. Un querubin.

RAMONA. ¿No tiene talento?

EUGENIO. Mucho.

RAMONA. Gracias á Dios que te escucho
decir algo bueno al fin.
¿No te quiere?

EUGENIO. El corazon
me dice que sí, señora.

RAMONA. Pues no te quiere: ¡te adora!

EUGENIO. (Cada vez más impaciente.)
¡Basta ya! ¡por compasion!

RAMONA. Seguiré aunque no te cuadre.
¿No es honrada?

EUGENIO. (Con enojo.) ¿Y á qué viene?...

RAMONA. Pues dí, ¿qué defecto tiene?

EUGENIO. (Sin poder contenerse.)
El tenerla á usted por madre.
Defecto tan singular,
tan feroz, tan corrosivo,
que con él sólo hay motivo,
y de sobra, para odiar
al ser á quien acompañe,
y en cuanto alcanza su vista
no hay virtud que le resista,
ni perfeccion que no empañe.
(Ap.) (Vamos, ya me desahogué:
se me acabó la paciencia.
Despues de todo, en conciencia,
me atacó, yo contesté.)

RAMONA. ¿Conque la causa yo he sido?... (Llorosa.)
¿Por mí la pobre Sofía?...
Pues mira, yo no creía...
Pero en fin, nada hay perdido.
Yo sólo su dicha quiero:

mañana mismo me voy:
y si tú lo mandas, hoy.
Lo primero es lo primero.

EUGENIO. Pero ¿quién le dice?...

RAMONA. Tú.
Yo pensaba á vuestro lado
haber la vida acabado.
Pero en fin... (Llorando.)

EUGENIO. ¡Por Belcebú!...

RAMONA. Mira, que la hagas feliz,
y te lo perdono todo.

EUGENIO. ¡Pues señor, no encuentro modo:
se me montó en la nariz!

ESCENA VII.

DOÑA RAMONA.—EUGENIO.—SOFÍA.

SOFÍA. (Entra por la derecha, segundo término, se acerca á su madre y le habla al principio en voz baja.)
Ya se fué Laura, mama...
¿Pero qué es eso, tú lloras?
¿La hiciste llorar? (Á Eugenio.)

EUGENIO. ¡Señoras,
otra escena!... Basta ya.

RAMONA. Si fué sólo...

SOFÍA. Mira, Eugenio,
de mi... no te digo nada;
pero mi madre es sagrada.
(Ap. á su madre.)
(Él es muy vivo de genio,
¿y quién sabe? sin querer
dijo algo que te ofendió.
¿No es verdad?)
(En voz alta.) Eugenio, yo
al cabo soy tu mujer:
debo sufrir tus enojos,
debo sufrir tus rigores...
(Volviéndose hácia su madre.)
Vamos, mamá, que no llores:
seca el llanto de tus ojos.

Por Dios que no llores más;
que me aflige verte así.
¿Pero qué ha pasado? Dí.

RAMONA. Luégo, luégo lo sabrás.

SOFÍA. Dilo tú. (Á Eugenio.)

EUGENIO. Nada, Sofía.

RAMONA. Hija, me ha echado de casa.

SOFÍA. Esto ya de raya pasa.
¿Á mi madre? ¡Madre mia! (Abrazándola.)

RAMONA. Que no me puede sufrir
dijo con todas sus letras,
y ya el sentido penetras
de esta frase. He de partir.

SOFÍA. Pues contigo saldré yo.

EUGENIO. Me va faltando la calma.

RAMONA. Sofía!
(Rompiendo á llorar y abrazándose á su hija.)

SOFÍA. Madre del alma! (Lo mismo.)

EUGENIO. Basta, señoras!

VICENTE. (Desde la puerta.) Tableau.

ESCENA VIII.

DOÑA RAMONA.—SOFÍA.—EUGENIO.—VICENTE

VICENTE. Si estorbo?... (Siempre desde la puerta.)

EUGENIO. ¡Qué disparate!
Entra.

SOFÍA. Nos vamos. (Á Vicente.)

EUGENIO. (Á ver
si Vicente viene á ser
el precio de mi rescate.)

VICENTE. (Adelantándose poco á poco y saludando.)
Señoras...

EUGENIO. (Á Vicente.) Ven.
(En voz baja á Sofía.) (Que no llore.)

SOFÍA. (Á Vicente.) ¡Mamá tiene una jaqueca!...

EUGENIO. (Ap. al mismo.)
(Acércate más, babieca.)

SOFÍA. Adios. (Llevándose á su madre.)

VICENTE. Que usted se mejore.

(Salen por la derecha, segundo término, Sofía y Ramona.)

ESCENA IX.

EUGENIO.—VICENTE.

Se quedan en pie, uno frente á otro, cruzados de brazos y mirándose sin pestañear. Escena mímica.

EUGENIO. Conque ya ves. (Señalando á la derecha.)
VICENTE. Ya estoy viendo.
¿Y tú?
EUGENIO. Pues hasta la fecha
con vista sigo.
VICENTE. Milagro
que la conserves ilesa,
y que tus ojos no esten
en las uñas de tu suegra.
Segun como te miraba
pronto sin ellos te quedas.
EUGENIO. Para ver lo que ahora veo,
y no ver lo que quisiera,
bien haya la amiga sombra,
mal haya la luz febea.
VICENTE. No te remontes, querido:
ménos vuelo y más modestia,
que no es para tanto el cuadro
de *un interior* y *una vieja*.
EUGENIO. Tú que los pintas ahora
de género, la paleta
prepara y traslada al lienzo
esta doméstica escena.
Bien puedes; pero ¡ay, si tú
sufrieses sus consecuencias!
Mi mujer que siempre llora,
la mamá que nunca cesa,
una vida que no acaba,
y una muerte que no llega.

VICENTE. ¿Por qué las sufres?
EUGENIO. ¿Por qué?
VICENTE. Sí.
EUGENIO. (Con repentino arranque.)
Porque tengo conciencia,
y porque tienen razon,
y porque soy un tronera,
y un mal hombre, y no soy más,
no por virtud ni vergüenza,
sino porque no he podido
dar todavía con *ella*.
VICENTE. ¿Con la vergüenza?
EUGENIO. No.
VICENTE. Pues...
EUGENIO. ¡Con la que el alma me lleva;
con la que flota ante mí
siempre léjos, nunca cerca;
con el ideal de mis sueños
de hombre, pintor y poeta!
VICENTE. Una creacion de tu mente,
un ser sin forma terrena,
contornos de tu pincel,
colores de tu paleta,
que vagan por el espacio
cual fantasmas de una idea:
si tu pecado no es otro,
cálmate, muy poco pecas.
EUGENIO. (Acercándose á él con misterio y hablando con fuego.)
Una creacion, *pero real*:
un ser *con forma terrena*:
rasgos de un pincel divino:
colores que calor prestan:
no del espacio fantasmas,
la mujer, la eterna *Eva*,
¡hermosa para el pecado,
sublime para la idea!
VICENTE. Esto ya es grave. ¿Y en dónde
ese ideal forma concreta
tomó por primera vez?
EUGENIO. En el Teatro Real.
VICENTE. Á tierra

echaste de un solo golpe
toda tu armazon poética.

EUGENIO. Aguarda.

VICENTE. Aguardo.

EUGENIO. En un baile
de máscaras.

VICENTE. No me resta
más que oir, sino que tú
fuiste quien pagó la cena,
para declararte tonto,
y la razon á tu suegra
dar por completo. Conque
¿á cuánto subió la cuenta?

EUGENIO. Vete al diablo: no eres digno
de que te diga mis penas.
¡No profanes los ensueños
del que vive porque sueña!
¡Qué mujer, y qué bondad!
¡Qué abandono, y qué reserva
tan dulce y tan incitante!
De malicia y de inocencia,
de candor y de pasion,
de alegría y de tristeza,
¡qué peregrino conjunto,
qué maravillosa mezcla!
Y qué gusto! y qué instruccion!
De mi cuadro de Reveca
me habló con mucho entusiasmo,
¡y me habló de una manera!

VICENTE. Y la cara ¿era bonita?

EUGENIO. De fijo.

VICENTE. ¿Eh! (Con asombro.)

EUGENIO. No pude verla.

VICENTE. Anda, anda!... Doña Ramona!...
(Dirigiéndose á la derecha y llamando á gritos.)

EUGENIO. ¿Á quién llamas?

VICENTE. Á tu suegra.

EUGENIO. Para qué?

VICENTE. Para que al punto
haga que el médico venga.

EUGENIO. ¿Por qué causa?

VICENTE. Porque tienes

trastornada la mollera.
(Adelantándose otra vez y cogiendo á Eugenio por un brazo.)
Por una mujer... ¡de un baile!
por un dominó de seda...
¿No fué dominó?

EUGENIO. Cabal.

VICENTE. ¿Y negro?

EUGENIO. Justo.

VICENTE. Es de regla.
Por mujer que nunca viste
sin disfraz y sin careta;
que no sabes si era jóven,
y es probable fuese vieja;
que aún ignoras si era guapa,
y yo afirmo que era fea:
á quien supones talento,
porque astuta y lisonjera
te dijo que era admirable
tu pintura de Reveca,—
á toda prisa te forjas,
allá en tu pobre cabeza,
un ideal de perfecciones,
una Doña Dulcinea;
y olvidas á tu mujer,
que, en confianza, es una perla;
y hostigas á la mamá,
que, vamos, sé justo, es buena;
y traes al hogar doméstico
llantos, discordias y guerras,
exponiéndote... ¿quién sabe?
á ser infeliz de veras.

EUGENIO. No vas á acabar?

VICENTE. De qué?

EUGENIO. De ser crítico babieca.

VICENTE. Me perece...

EUGENIO. (Burlándose.) Me parece!
No sabes lo que te pescas.
Es hermosa! No, ¡divina!

VICENTE. Ya: la viste.

EUGENIO. Eso quisiera.
Pedí... supliqué... y en vano.

Ni la rica blonda negra,
en cuyas orlas moría
el raso de su careta,
quiso separar un punto
con su mano pequeñuela.

VICENTE. Y tú, con la tuya enorme,
con enormidad grosera...
(Haciendo el ademan de separar el velo.)

EUGENIO. Quita allá.

VICENTE. Pues no lo entiendo.

EUGENIO. Una de sus compañeras...
porque eran tres.

VICENTE. Las *tres gracias*.

EUGENIO. Pues las tuyas son bien necias.

VICENTE. No te incomodes y sigue.

EUGENIO. En una hermosa pulsera
y con cerco de brillantes
llevaba un retrato. Atenta
mi súplicas escuchaba,
y al fin mujer y al fin buena,
por mis afanes vencida
su femenil fortaleza,
riendo como una loca,
y las otras dos con ella,
así burlona me dijo:
«si quieres verla, sin verla,
»mira y admira,» y mostróme
imágen de tal belleza,
que por verla otra vez más
la vida y el alma diera.

VICENTE. Despues?...

EUGENIO. Despues me dejó,
pero con voz dulce y tierna,
acercándose á mi oido
me dijo de esta manera:
«Á tu lado me tendrás
»muchas veces, sin que creas
»que estoy á tu lado, Eugenio.
»Sueña conmigo, poeta,
»que tu musa he de ser yo,
»aun cuando nunca me veas.»

VICENTE. Y se marchó?

EUGENIO. Se marchó;
pero ántes me hizo promesa
de volver á verme.
VICENTE. Y ¿cómo?
¿al natural?
EUGENIO. Encubierta.
VICENTE. Cuándo?
EUGENIO. Al año.
VICENTE. Dónde?
EUGENIO. Allí.
VICENTE. Y ¿el plazo?...
EUGENIO. Á las tres y media
de esta madrugada cumple.
VICENTE. ¿Tan pronto?
EUGENIO. Tan tarde!
VICENTE. Y ¿piensas?
EUGENIO. Ir aunque el Real se desplome
con todas sus dependencias:
aunque pongan fuego en casa
llamaradas de mi suegra:
aunque la pobre Sofía
amargas lágrimas vierta.
VICENTE. Y ¿si no va?
EUGENIO. Sé que irá.
Siento que viene: que llega:
me la anuncia el corazon,
que fué siempre el gran profeta:
la preceden mil señales
en los cielos y en la tierra.
Qué más! hoy su nombre supe.
VICENTE. Diablo, la historia ya es seria.
Y ¿se llama?
EUGENIO. No lo sé.
VICENTE. ¡Pero Eugenio!...
EUGENIO. En buena cuenta
tiene uno de estos tres nombres:
Ventura.
VICENTE. Si fuese buena.
EUGENIO. Rita.
VICENTE. Si fuese bonita.
EUGENIO. Ó Laura.
VICENTE. Para un poeta

es gran musa. ¿Y quién te dijo
esos nombres?

EUGENIO. Quién? Pues ella:
mi mamá!

VICENTE. ¡Doña Ramona?

EUGENIO. La misma.

VICENTE. ¡Vírgen excelsa!

EUGENIO. Más tarde lo sabrás todo.
Ahora escucha, que algo queda.
Tengo su retrato. (Al oido.)

VICENTE. (Con afan.) ¡A verlo!

EUGENIO. Lo copié de la pulsera.

VICENTE. Te la dió?

EUGENIO. ¡Qué desatino!

VICENTE. Pues cómo?

EUGENIO. Verás.

VICENTE. (Ya interesado y dándole un abrazo.)
Aprieta!

EUGENIO. Era una noche de fiebre,
de las que tan solo dejan
un recuerdo de dolor,
sombras flotantes y densas,
alguna lágrima ardiente
y el eco de alguna queja.

VICENTE. ¿Cuando en Granada estuviste
enfermo?

EUGENIO. Cabal.

VICENTE. Empieza
á interesarme el embrollo.
Prosigue.

EUGENIO. La noche aquella
hubo un momento en que tuve
razon, memoria, conciencia...
Y una mujer me velaba,
y aunque entre sombras envuelta,
su rostro era luz, y yo
la conocí y era ella.
Desnudo brazo de mármol,
de la negra manteleta
sacó un punto; desprendió
de la torneada muñeca
anillo de rojo fuego;

lo dejó sobre una mesa
próxima á mi lecho triste,
y doblando la cabeza,
por el cansancio vencida,
los bellos párpados cierra.
Con silencio extiendo y ansia
mi mano calenturienta;
el aro de fuego cojo,
atraigo hácia mí la presa,
y despues... nada: el delirio,
una estancia triste y negra,
una mujer que dormita,
el oscilar de una péndola,
un hombre que se revuelve
apretando una pulsera
contra el descarnado pecho,
y un corazon que más fuerza
le pide á la calentura,
para besar más apriesa,
al compás de sus latidos
del metal la imágen bella.

VICENTE. Y ¿dónde ocultas la joya
cárcel de tanta belleza?

EUGENIO. Ya no la tengo. (Tristemente.)

VICENTE. Sin duda...

EUGENIO. Me la quitaron.

VICENTE. ¿Tu suegra
tal vez?

EUGENIO. Lo ignoro.

VICENTE. Es extraño.
Y ¿no indagaste?...

EUGENIO. La lengua
ató el miedo. ¡Si supiesen!...
Amor, silencio y cautela;
y esperanza, y esperar
que al fin á mis brazos venga.

VICENTE. Si viene (Indicando con el ademan una careta.)
y no tienes modo
seguro de conocerla...

EUGENIO. Uno tengo. Es *una frase*.
(Con misterio.)

VICENTE. Es decir, «el santo y seña.»

¿Y cuál es?

EUGENIO. Lo sabe Dios.

VICENTE. Ya comprendo. Y tú...

EUGENIO. Y ella.

ESCENA X.

EUGENIO.—VICENTE.—SOFÍA.—DOÑA RAMONA.

Las dos últimas por la derecha segundo término.

VICENTE. Silencio: ahí están. (En voz baja á Eugenio.)

RAMONA. Vicente,
dispénsame si al entrar
no te pude saludar:
se me partía la frente.
(Los personajes están en el órden siguiente de izquierda (del espectador) á derecha; Vicente, Eugenio, Doña Ramona, Sofía.)

VICENTE. Conmigo no hay ceremonia.
Pero está usted ya mejor?

RAMONA. Era nervioso el dolor
y con agua de colonia...

EUGENIO. Se aplacó la pesadumbre?
(En tono de broma.)

RAMONA. (Con intencion.)
Sa aplacó al ménos bastante.

VICENTE. Pues el semblante...

EUGENIO. El semblante
es el mismo de costumbre.

RAMONA. (Ap.) (¡Cómo me mira!)

EUGENIO. (Ap.) (¡Qué faz!)
(Ap. á Doña Ramona.)
(¿Quiere usted hacer las paces?

RAMONA. Tú las haces y deshaces.

EUGENIO. Pues hagámoslas.
(Lo mismo.)

RAMONA. (Dándole la mano.) Y en paz.)
(Vicente y Eugenio vienen á la izquierda: Ramona y Sofía van á la derecha: en uno y otro grupo conversan en voz baja: ellas pueden estar sentadas.)

EUGENIO. Las ves?... Están en consejo! (Á Vicente.)

RAMONA. Míralos: ¡están en junta!

VICENTE. ¿Qué hay de nuevo? (Á Doña Ramona.)
EUGENIO. (Ap.) (¡Qué pregunta!
Si dijeras qué hay de viejo.)
RAMONA. Tú dirás: yo no sé nada.
VICENTE. Para noticias no valgo.
RAMONA. Ah! pues mira, yo sé algo.
Han llegado de Granada
las de Arolas. Conocías
(Movimiento de Eugenio.)
á esa familia?
VICENTE. No sé.
Hace tanto que dejé
mi tierra.
EUGENIO. (¡Por fin!... ¡Las mias!
(Sin poder dominar su gozo y hablando al oido á Vicente.)
La mia, quise decir,
mas de las tres no sé cuál.
VICENTE. Pues, y en la duda al plural
se atiene hasta decidir.)
RAMONA. Aquí estuvo esta mañana...
SOFÍA. (En voz baja y con disgusto.)
(Muda de conversacion.)
EUGENIO. (¿Una de ellas? Qué ocasion (Aparte.)
he perdido. No era vana
mi esperanza! Lo decia:
yo la siento en el ambiente;
el corazon nunca miente.)
(Mientras pronuncia los últimos versos, su mujer se aproxima á él, y de este modo los personajes quedan divididos en dos grupos; á la izquierda, Eugenio, Sofía; á la derecha Vicente y Ramona.)
SOFÍA. Eugenio...
EUGENIO. (Ap.) (Pobre Sofía!)
Me perdonas? No es verdad?
(Ap. é inquieto.)
(Qué sensacion! Qué recuerdo!)
SOFÍA. (Si le pierdo, con él pierdo (Ap.)
toda mi felicidad.)
RAMONA. (Mírale. Mira qué traza (Bajo á Vicente.)
de esposo!)

VICENTE. (¡Qué agitacion!
(Ap. á Ramona.)
¡Parece un perro pachon
que está olfateando la caza!)

EUGENIO. (Ap. y observando afanosamente á Sofía.)
(Brotaba este mismo aroma
cuando rozaba atrevida
una trenza mal prendida
con su cuello de paloma.)
(Por último repara en el pañuelo de mano que lleva su mujer y se lo quita.)
Este pañuelo no es tuyo.
Yo no conozco esta esencia.
(Aspirándola.)
(¡Erre!... ¡Rita!... ¡La evidencia!)
(Observando la marca y aparte.)

SOFÍA. No es mio: no. (Distraida.)

EUGENIO. (Luego es suyo. (Ap.)
Una estuvo esta mañana
y el pañuelo se olvidó:
mi mujer lo recogió:
luego es Rita, cosa llana.)
(Aparte, sin que le vean, besa apasionadamente el pañuelo: despues, haciendo mil extremos lo guarda contra el corazon oprimiéndolo fuertemente con ambas manos.)

ESCENA XI.

SOFÍA.—DOÑA RAMONA.—EUGENIO.—VICENTE.—UN CRIADO.

CRIADO. Una señora... (Entrando por el fondo.)

EUGENIO. ¡Su nombre!
(Precipitándose al encuentro del Criado y con ansia.)

CRIADO. Arolas, dijo.

EUGENIO. Al momento,
que pase. (El Criado sale.)

RAMONA. (¡Qué aturdimiento!) (Ap.)

SOFÍA. (¿Pero qué tiene este hombre?) (Ap.)

EUGENIO. (La voy á ver. Tengo aquí (Aparte.)
su pañuelo! Y es su aroma!
(Lo saca y lo aspira de nuevo.)
Es ella!)
(Al oir ruido todos miran hácia la puerta esperando que entre el nuevo personaje.)

ESCENA XII.

SOFÍA.—DOÑA RAMONA.—EUGENIO.—VICENTE.—DOÑA RITA, que es ya muy vieja y un tanto ridícula aunque no grotesca.

RAMONA. (Saliendo al encuentro y abrazándola.)
Rita!
RITA. Ramona!
(Abrazándola tambien.)
EUGENIO. (Retrocediendo con espanto á la vista de Doña Rita.)
(¡Pero esa es Rita!... Ay de mí!)
(Sofía saluda á Doña Rita y todos avanzan hácia el proscenio.)
(No me dijiste poco há
que el pañuelo no era tuyo.
(Aparte á su mujer llevándola hácia un lado y mostrando el pañuelo.)
SOFÍA. Ese pañuelo?... Si es suyo.
EUGENIO. Pero de quién?
SOFÍA. De mamá.)
(Mirándole con extrañeza.)
EUGENIO. (Aparte y colérico.)
(Y yo besaba este andrajo!)
(*Erre* dice. (Á Sofía.)
SOFÍA. Pues Ramona.
EUGENIO. Pero el aroma?
SOFÍA. El aroma... (Vacilando.)
EUGENIO. Y bien?
SOFÍA. Ventura lo trajo.)
VICENTE. (Averiado está tu ideal.)
(Al oido á Eugenio en tono zumbon.)
RAMONA. Ven.

(Da algunos pasos hácia Eugenio llevando á Rita.)

Te presento mi yerno.

RITA. ¿El que estaba?...

(Acercándose mucho á él.)

EUGENIO. (Ap.) (¡En el averno!)

Señora... (Alto.)

RITA. Y vamos ¿qué tal?

EUGENIO. Tan fuerte!... (Por Belcebú.)

(Esto último aparte.)

Y tan grueso!... (Por Luzbel! (Lo mismo.)

¡Carguen contigo y con él

si el ideal es como tú!)

(Los personajes en el órden siguiente de izquierda á derecha: VICENTE un poco separado y sin poder contener la risa; EUGENIO muy cerca de él, y mirándole con algo de estúpida curiosidad DOÑA RITA; al lado de ésta DOÑA RAMONA; y á la derecha y observando á su marido con curiosidad SOFÍA.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA, sentadas junto al velador.

RITA. Gracias á Dios que concluimos
de almorzar y estamos solas.
Los chicos y ese señor
de sobremesa, y nosotras
á charlar. Cuánto deseaba
verte. Tú siempre tan moza!
Pero no me atiendes? Oye,
en qué piensas? Eh, Ramona!...

RAMONA. (Como distraida.)
Pues Eugenio estuvo alegre:
¿verdad?

RITA. Si pareces boba!
Á sus años, y teniendo
mujer bella y cariñosa,
al alcance de sus ojos,
y al «ven acá» de su boca,
¿cómo quieres tú que esté?
hecho un turron de Jijona.
La tristeza, el desencanto,

esas fatídicas sombras
que sobre arrugada frente
ó sobre cabeza monda
proyecta la Funeraria
cuando á lo léjos asoma,
en estos tiempos que corren
se quedan para nosotras.

RAMONA. No vengas lúgubre, Rita,
que hartas penas me acongojan,
para que pongas al cuadro
requien, cruz y negras orlas.

RITA. Pues si penas tienes tú,
que en Madrid vives oronda,
y en vez de perder una hija,
ley natural de las bodas,
te encuentras con dos, *él* y *ella*,
sin contar con otros y otras,
que andando el tiempo vendrán
bajo las menudas formas
de rorro fuerte y tragon,
ó de rubilla llorona,
qué diré yo que me quedo
casi vieja y casi sola.

RAMONA. ¿Con que Laura?...

RITA. Sí, querida,
lo mandó quien no revoca
decreto que una vez da:
mi hermano ¡la gran persona!

RAMONA. Ya ves: es su padre.

RITA. Claro:
mientras fué niña enojosa,
y tuvo amas, sarampion,
y la muela que no brota,
y el médico, que fatídico
anuncia que no se logra,
buena fué entónces la tia
para andar como peonza,
de la muñeca al cuidado
doce años hora tras hora.
Y hoy, que de aquella crisálida
brotó gentil mariposa,
que roba al cielo sus luces,

y á las flores sus aromas;
hoy que es Laura maravilla
con que su poder pregona
el Dios que la hizo tan buena
y que la hizo tan hermosa;
desde la Habana al papá
reclamarla se le antoja.
Y así á mi Laura me quitan,
y Rita se queda sola,
que es su hermano hombre de peso,
varon justo y gran persona.

RAMONA. Y cuándo?

RITA. (Dando un suspiro.)
Cuándo? Mañana,
que el asunto no es de broma.
Una familia la lleva
á Santander: se la endosa
á otra familia: la meten
en un vapor: boga y boga,
y entre la niña que gime
y tia Rita que llora,
cada vez mayor espacio,
más cielo, más mar, más olas.
(Lloriqueando.)

RAMONA. Á veces está más léjos
la que parece más próxima;
y más separan las penas
que el Atlántico y sus ondas;
y encierra más amargura
una lágrima, una sola,
que contienen en un seno
del mar las aguas verdosas.
Que al mar su propia amargura
ni le amarga, ni le importa,
y el alma sabe sus penas,
y le amargan y las llora.

RITA. Qué es eso? Qué cosas dices?
¿Lúgubre tambien, Ramona?
¿No son felices acaso!

RAMONA. No lo son ya.

RITA. Toma, toma:
y yo que pensé... Pues él

parece buena persona.
Y ella fué siempre... ¿verdad?

RAMONA. Mi Sofía? Una paloma
sin hiel.

RITA. Y tú para suegra,
aunque eres un poco posma,
y aunque tu genio fué siempre
de lo más malo...

RAMONA. Perdona,
que en el colegio eras tú
la más alborotadora.

RITA. Pero tú la más feroz.
¡No me tiraste una copa
á la cabeza! Pues mira,
la cicatriz aún asoma;
de manera que por tí,
durante mi vida toda,
tuve que ponerme el pelo
de cortinillas en forma,
el chirlo para cubrir
que me hizo doña Ramona.
Fué de amiga el regalito.

RAMONA. Cosas de chica.

RITA. Sí, cosas
de chica, mas no fué chica
la de mi cabeza rota,
ni á las chicas de quince años
agrada emular la gloria
de los soldados, luciendo
sobre la piel bandas rojas.
(Ya un poco alterada.)
Quién sabe? Quizá por tí
me he quedado solterona.

RAMOMA. (En tono agresivo.)
Te has quedado como estás,
porque siempre fuiste sosa,
y para los hombres nunca
tuviste gracia ni gota.

RITA. (Completamente alterada.)
Dí tú, que no fuí coqueta,
y que no tuve tramoya,
como muchas que tú y yo

conocemos ya de sobra.

RAMONA. (En tono de amenaza.)
Cita alguna.

RITA. Para qué?

RAMONA. Para que yo haga memoria.
No temas.

RITA. (Con risa forzada.) Temer? Da risa.
No hay aquí ninguna copa.

RAMONA. Pero hay cabezas y basta.
Entiendes, Rita!

RITA. ¡Ramona,

(Las dos se ponen en pié. Á Doña Rita le da un violento ataque de tos y se deja caer en el sofá. Se sienta á su lado Ramona.)

RAMONA. ¿Qué tienes? (En tono tranquilo.)

RITA. Maldita tos.

RAMONA. (Sacando una caja y ofreciéndosela.)
Quieres pastillas de goma?

RITA. Gracias: las he usado mucho;
pero las que tomo ahora (Saca otra caja.)
son de *liquen*, con un poco...
con un poco... vamos... otra...
de opio....
(Tosiendo sin cesar; al fin se calma un poco.)
que me hacen dormir
lo mismo que una señora.

RAMONA. Pasó ya?

RITA. Ya va pasando.
Y hablaba... ¿de qué?

RAMONA. De historia
antigua.

RITA. Sí: ya recuerdo:
y la sangre setentona
se enardecía, y tornábamos
á aquella edad, ya remota,
en que á cachetina limpia
todos los asuntos de honra
se zanjaban del colegio
bajo las augustas bóvedas.
Pero eso fué un episodio:
hablábamos de otra cosa.
(Procurando recordar.)

RAMONA. De Laura.
RITA. No: fué despues.
De tu yerno. (Con alegría.)
RAMONA. Gran persona!
como dices de tu hermano.
RITA. Pero dí, ¿no hace dichosa
á Sofía?
RAMONA. Qué ha de hacer?
RITA. Ya. Tiene alguna?...
RAMONA. Hasta ahora
que yo sepa, no.
RITA. ¿Pues cómo?...
RAMONA. Pues ahí verás.
RITA. Ver? ni gota.
Pero tú, ¿no has descubierto?...
RAMONA. Nada.
RITA. ¡Qué bobalicona!
Yo en tu caso ya sabría
á qué á tenerme. Me asombra
tu abandono y tu torpeza.
RAMONA. Y ¿cómo?
RITA. Como hacen todas.
De Dios la inmensa bondad
¿con qué objeto nos dió próvida,
ojos que ven cuando miran;
oidos que oyen, si se apoyan
contra una puerta cerrada;
y dos manos, que entre notas,
y papeles de negocios,
saben buscar codiciosas
esquelitas, guardapelos,
retratos, cintas, aromas
del pañuelo que trascienden
á casa ajena, no propia?
Pues si esto es el A, B, C,
y por tus años, Ramona,
si no has llegado á la Z
al ménos está muy próxima.
Yo te ayudaré, querida,
y entre las dos...
(Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA II.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—EUGENIO.—VICENTE.—Los dos últimos por el fondo.

EUGENIO. (Á Vicente señalando á las dos.)
Brava tropa!
Nos contemplan veinte siglos
desde lo alto de esas tocas.
VICENTE. No llevan tocas.
EUGENIO. Debieran
llevarlas, que es lo que importa.
RAMONA. Silencio, que vienen ellos.
RITA. ¡Una intriga! me siento otra.
(Todos los personajes quedan en primer término: las dos mujeres sentadas á la derecha, lo dos hombres en pie á la izquierda.)
RAMONA. ¿Qué has hecho de tu mujer? (Á Eugenio.)
EUGENIO. Mi mujer se fué al jardin,
y éste y yo... pues... con el fin
de tratar y resolver
un asunto grave... ¿estamos?
vinimos aquí.
VICENTE. Es verdad.
RITA. Pues hablen con libertad,
porque nosotras nos vamos.
EUGENIO. No estorban.
RITA. Quiero el estudio
ver del gran pintor!
EUGENIO. Señora...
RITA. (Ap. á Ramona.)
(Comenzaremos desde ahora
á observarles, y es preludio
del plan que hemos de seguir.)
EUGENIO. (Pasando á la derecha, primer término, abriendo de par en par las puertas é invitándola á pasar.)
Ya tiene dueña... y mamá
mis cuadros le explicará.
RITA. Á más ver. (Á Eugenio.)

Y á más oir. (Á Ramona.)
(Llegan á la puerta, y entre sus cortinajes se detienen un momento. Eugenio saluda y vuelve á unirse á Vicente.)

RITA. (¡Ojo avizor!) (Á Ramona en voz baja.)
¡La pintura!...
(Á Ramona en voz alta y como si ponderase su aficion.)
(Dejemos la puerta abierta.) (En voz baja.)

RAMONA. (¿Y si nos cierran la puerta?) (Lo mismo.)

RITA. (Nos queda la cerradura.)
(Salen ambas por la derecha primer término.)

ESCENA III.

EUGENIO.—VICENTE.

VICENTE. ¿Así dejas que se aleje
la que há poco era tu ideal?

EUGENIO. No es mi ideal, pero es igual,
que en cierto modo es el eje
alrededor del que gira
el *mundo* de mi ilusion,
la *prenda* del corazon,
la *musa*, en fin, que me inspira.

VICENTE. Como *musa* nada digo,
y como *prenda* tampoco,
pero como *mundo* es loco,
ó de algun gran enemigo
tomó torcidos consejos,
si se ha empeñado en girar
alrededor de ese par
de *polos*, que son muy viejos.

EUGENIO. Es inútil tu porfía,
y es inútil que me arguyas:
tus frases son como tuyas,
mi esperanza como mia.

VICENTE. Y ¿se sabe ya quién es?...

EUGENIO. ¿Pues ántes no te lo dige?
Ventura. Bien se colije...

VICENTE. Sí, ya recuerdo.

EUGENIO. Ya ves:

son *tres*: de las tres es *una*:
con Rita ya no contemos:
conque tenemos...

VICENTE. Tenemos
que no tenemos ninguna
hasta la presente fecha,
desachando aquella facha
que se metió en tu covacha
haciéndonos la deshecha.

EUGENIO. Quedan dos.

VICENTE. Que no conoces.

EUGENIO. Pero sé que una es la mia.

VICENTE. Tuya? La tuya es Sofía.

EUGENIO. No me hostigues: no te goces
en mi tormento, Vicente.
Ventura! sólo Ventura!
su celestial hermosura...
que no he visto.

VICENTE. Estás demente.

EUGENIO. Mi mujer misma me dijo
que el aroma del pañuelo,
aquella esencia del cielo
que no usa nadie de fijo
más que el ángel de mi amor,
de Ventura la tenía.

VICENTE. De Ventura ó de su tia.
(Al decir «de su tia» se vuelve un poco á la derecha.)
Miran hácia aquí.

EUGENIO. ¡Qué horror!
Finjamos que discutimos
y al mismo tiempo paseemos.

VICENTE. Conque tenemos... (En voz alta.)

EUGENIO. Tenemos
que de este modo tuvimos...
(Mientras pronuncian los últimos versos han llegado á la derecha, vuelven y se alejan hácia la izquierda.)

ESCENA IV.

EUGENIO.—VICENTE.—DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA; estas dos últimas ocultas tras el cortinaje de la puerta del estudio. De cuando en cuando se asoman, luégo se retiran.

EUGENIO. Es decir que tuve yo
la evidencia de que es ella;
¡mi vida! ¡mi sol! ¡mi estrella!
RITA. Oyes lo que dicen?
RAMONA. No:
EUGENIO. La siento cerca de mí:
muchas veces al volver
pienso que la voy á ver...
VICENTE. Como que te espera allí.
(Señalando hácia Doña Ramona.)
(Mientras pronuncian los últimos versos llegan al extremo izquierdo, y al volverse ven la cabeza de Ramona, que se retira rápidamente.)
EUGENIO. Escuchando la maldita!
¿Pero ves cómo me acosa?
VICENTE. Y te dijo Carrascosa?...
(En voz alta acercándose á la derecha.)
EUGENIO. Que ya no lo necesita.
VICENTE. De manera que mañana
tú me mandas el talon.
EUGENIO. Y á la primera ocasion...
(Al llegar á este punto ya han dado la vuelta y se van alejando del estudio: Ramona y Rita sacan la cabeza y procuran oir.)
que se asome á la ventana (Bajando la voz.)
la mamá de mi conjunta,
por los cuernos de Luzbel
que le echo al cuello un cordel
y me cuelgo á la otra punta.
(Se detiene casi al extremo izquierdo de espaldas á la puerta en que están las mujeres. Despues vuelven y siguen hácia la derecha.)
VICENTE. Nos acechan sin rebozo.

(Mirando de soslayo.)

RITA. Por qué no hablarán más alto?

EUGENIO. Pues si me apuran yo salto.

RITA. Y tu yerno es un buen mozo.

EUGENIO. Ni en mí gobierna el sentido,
ni de mi razon soy dueño;
sueño siempre el mismo sueño
que esté despierto ó dormido.

RITA. Oye, al capitan Fajardo
me recuerda: sí señor;
pero aquel era aún mejor
más robusto y más gallardo.

(Llegan al extremo de la derecha y vuelven lentamente hácia la izquierda.)

EUGENIO. Tener delante de mí
las promesas de lo ideal:
una vision celestial,
que no he visto y siempre ví.
Sentir caduco á mi espalda
lo pasado ya deshecho.
Tomar aire para el pecho:
correr, la flotante falda
ya del ángel que me guía
alcanzar: ir á cogerla,
y tenerla y no tenerla,
y ser mia y no ser mia:
y al pensar que lo es, sentir
un nuevo modo de ser:
y al no serlo enloquecer,
¡que es mucho más que morir!

VICENTE. Y así correr por el mundo:
y como el mundo es redondo,
sobre el alto, sobre el hondo
monte erguido y mar profundo,
marchando siempre de frente,
al cabo la vuelta dar,

(Le coge riendo y le obliga á volver, pero sin mirar aún á la derecha.)

para volverte á encontrar,
no al ángel resplandeciente,
ni á su fantástica falda,
sino á un pedazo de estuco:

¡aquel pasado caduco
que te dejaste á la espalda!
(Le señala hácia la puerta del estudio, y ven las cabezas de Rita y Ramona que están tendidas hácia ellos escuchando con ansia: las mujeres dan un pequeño grito y se retiran.)
¿Y qué se hace?
(Riendo y cruzándose de brazos.)

EUGENIO. Qué? al abismo
se le arroja, ó se le entierra
y su sepulcro se cierra.
(Va resueltamente y cierra la puerta del estudio.)

VICENTE. Ó la puerta, que es lo mismo.

ESCENA V.

EUGENIO.—VICENTE.

EUGENIO. El juicio, por más que lucho
me apuran y la paciencia.
Tú lo estás viendo.

VICENTE. En conciencia
juicio no te queda mucho.
Tienes la dicha á fe mia,
dentro de tu misma casa,
y pareciéndote escasa,
y desdeñando á Sofía,
y rompiendo el santo nudo,
corres en pos de un fantasma...
¡y esto es lo que á mí me pasma:
lo *incorpóreo*! ¿cómo pudo
levantarte así de cascos
ese ser... *insustancial*?
Mira que esto del ideal
á veces da grandes chascos.

EUGENIO. ¿Á mí?

VICENTE. Pues claro.

EUGENIO. Pues no.

VICENTE. Por qué?

EUGENIO. Porque no ha de ser.

VICENTE. Pero ¿existe esa mujer?

EUGENIO. Si existe?
VICENTE. Sí.
EUGENIO. Como yo.
VICENTE. Acepto su realidad.
Pero ¿es buena?
EUGENIO. ¿Mi Ventura?
Aplacó mi calentura
y venció á mi enfermedad.
VICENTE. Y ¿te quiere?
EUGENIO. Va á venir.
VICENTE. ¿Quién lo dice?
EUGENIO. Lo ha anunciado.
(Señalando á la puerta del estudio como refiriéndose á Ramona.)
VICENTE. Mal anuncia ese pasado
venturas del porvenir.
¿Será tonta?
EUGENIO. No te escucho.
VICENTE. (Pero qué necedad ladro: (Ap.)
¿cómo si alabó su cuadro
negarle talento y mucho!)
¿Pocos años? (En voz alta.)
EUGENIO. Para mí
uno no más en rigor.
VICENTE. ¡Pero entónces, pecador,
es muy niña para tí!
EUGENIO. Somos de la misma edad;
nací al verla, y moriré
cuando me falte su fe
ó me falte su piedad.
VICENTE. Conque jóven: doce meses.
Discreta: segun tú dices.
Una virtud, sin deslices;
y caritativa á veces.
Y ademas quieres que crea
que es mujer de carne y hueso;
pues ó yo he perdido el seso
ó esa mujer es muy fea.
EUGENIO. Conque ¿fea?
VICENTE. Es mi opinion.
Pero no es tan solo mia:
no ves que si no sería

realidad la perfeccion.

EUGENIO. Pues vas á ver. (Sacando un retrato.)

VICENTE. ¿Su retrato?

EUGENIO. Lo copié de la pulsera.

VICENTE. Pero ¿como era?

EUGENIO. Como era.

VICENTE. Pues déjeme verlo un rato.

(Extiende la mano para cogerlo, pero Eugenio lo retira.)

EUGENIO. No eres digno.

VICENTE. No lo soy;
mas como indigno lo miro,
que á otra cosa yo no aspiro,
ni á más perfecciones voy,
que á mirarlo tal cual es,
siendo yo el que siempre fuí,
conque da el retrato aquí
que ya hablaremos despues.

EUGENIO. (Con el retrato en la mano.)
¡Vas á cegar! La lumbre de sus ojos,
cual la lumbre del sol radiante y pura,
abrasa, cuando miran con ternura,
y mata, cuando miran con enojos.
¡Vas á cegar! Los resplandores rojos
del astro rey en la celeste altura
parecen, contemplando á mi Ventura,
de triste noche fúnebres despojos.
No hay luz ante su luz: es sin segundo
el rayo aquel, que hasta en la eterna calma
de la muerte, mostrárase fecundo;
¿ni cómo puede disputar la palma
la luz de un sol porque ilumina un mundo
á la luz de otro sol que alumbra un alma?

VICENTE. Bien está: cegué á su luz:
y visto que ya he cegado
acaba de ser pesado.
y no me tengas en cruz.

ESCENA VI.

EUGENIO.—VICENTE.—DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—Las dos últimas abren con precaucion la puerta del estudio, entran y avanzan lentamente segun el diálogo lo indica.

EUGENIO. ¡Y dice en cruz! En cruz estar debiera
ante la dulce imágen de Ventura.
RITA. ¡Qué estrecha y qué maldita cerradura!
ni se oye, ni se ve. Vamos afuera.
EUGENIO. De sus ojos te hablé; pero qué fuera
hacerte de sus labios la pintura!
VICENTE. Fuera dar de remate en la locura
y no acabar jamás de esta manera.
RITA. Algo tiene en la mano que hace rato
procuro divisar, y ten por cierto
que en ello estriba todo su arrebato.
EUGENIO. Pues mira de una vez; pero te advierto
que al contemplar no más que su retrato.
mueres si vives, y vives si estás muerto,
(Le enseña el retrato sin soltarlo de la máno: las dos mujeres se acercan por la espalda.)
VICENTE: Peregrina perfeccion!
mujer bella sin rival!
si no es que diste á tu ideal
la luz de la inspiracion.
(Eugenio retira el retrato: Vicente insiste en apoderarse de él.)
Dame otra vez: quiero verla.
EUGENIO. Yo era un loco: somos dos.
VICENTE. Y fueran ciento ¡por Dios!
que tu ideal es una perla.
EUGENIO. Mira bien, que no la has visto.
(Le dice esto sin mostrarle todavía el retrato y como huyendo un tanto de él, de suerte que entre ambos quede el hueco de dos personas Ramona y Rita llegan á ellos, y se colocan entre ambos, pero á la espalda todavía, procurando ver.)
VICENTE. Pues voy á darme una hartura.

EUGENIO. Pues hártate de hermosura.

(En el momento de ir Eugenio con el retrato en en la mano á enseñárselo de nuevo á Vicente, las dos mujeres avanzan y quedan entre ambos, encontrándose de cara Eugenio con su suegra y Vicente con Doña Rita. Uno y otro retroceden dando sendos gritos de horror.)

VICENTE. ¡Vírgen santa!

EUGENIO. ¡Jesucristo!

(Pequeña pausa. Despues Eugenio y Vicente rien con risa forzada: las dos mujeres con risa burlona.)

VICENTE. ¡Qué gracioso!

EUGENIO. ¡Qué gracioso!

RAMONA. No me sentiste venir? (Á Eugenio.)

EUGENIO. ¡Qué la había de sentir! (Riendo.)
Y como soy tan nervioso...
¡Que me ha dado usted un susto!...
¡un susto!... de irme á la cama.

(Da una vuelta rápidamente y pretende irse por la izquierda, pero Doña Ramona le sujeta por el brazo y le trae al primer término otra vez.)

RAMONA. (Á Eugenio.)
¿Conque es tan bella la dama?

EUGENIO. (Señalando á Vicente.)
Ese tiene muy buen gusto.
(Al oido á Ramona.)
Y ademas ¡unos enredos!

RAMONA. Vamos á ver...

(Le coge la mano á Eugenio y quiere apoderarse del retrato, pero él no lo suelta.)

¡Si es forzoso!

(Con ira contenida y fingiendo broma.)

EUGENIO. Como yo soy tan nervioso
se me agarrotan los dedos.

RAMONA. Vamos, Eugenio! (Con seriedad.)

EUGENIO. (Siempre en tono ligero y en voz alta.)
Señora,
(Señalando á Vicente.)
él á mí me lo ha entregado:
es depósito sagrado,
se lo devuelvo.

(Se dirige á Vicente y le entrega el retrato.)
Y ahora
lo que es por mí no hay tropiezo:
si él quiere no hay más que hablar.
(En voz baja á Vicente retorciendo el pañuelo.)
(Si lo llegas á enseñar
hago así con tu pescuezo.)
Y porque ustedes no crean
que influyo en su decision,
aprovecho la ocasion
ya que tanto lo desean;
y como cierto erudito,
no sé cuándo, ni sé cómo,
dijo con notable aplomo
de palabra ó por escrito,
«dejo á ustedes con sus dudas,
»y termino y hago punto,
»y lo que es en este asunto
»lavo manos como Judas.» (1)
(Sale por la derecha, primer término.)

ESCENA VII.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—VICENTE.

VICENTE. Está bien: se va tan fresco,
y me abandona á las viejas.
¿Qué les digo, si me piden
el retrato, y si se empeñan
en que han de ver de la ninfa
los encantos y bellezas?
RAMONA. (Mirando hácia la puerta por donde salió Eugenio.)
¡Qué uraño!
RITA. (Lo mismo.) ¡Qué adusto!
VICENTE. Mucho.
RAMONA. Para vivir entre fieras
ha nacido.
VICENTE Y concluirá
tal vez por morir entre ellas.
RAMONA. (Acercándose á él cariñosamente.)

(1) Véase la nota I.

Por fortuna no eres tú
como Eugenio.

RITA. (Lo mismo por el otro lado.) Si lo fuera
me llevára yo gran chasco.

(De este modo queda Vicente entre ambas mirando alternativamente y con terror cómico á una y á otra.)

RAMONA. ¿Vicente! Pues buena es esa:
era niño y encantaba
á todos su gentileza.

VICENTE. Muchas gracias: no merezco...

RITA. En un jóven la modestia
es un atractivo más.

VICENTE. (Ap. y mirando con angustia.)
(¡Qué léjos está la puerta!)
Son ustedes muy amables,
y son ustedes muy buenas.
Conque pronto volveré...

(Quiere marcharse dando una rápida vuelta pero entre las dos le detienen.)

RITA. Pero ¿qué es eso?

RAMONA. ¿Nos dejas
sin hablar de tus amores?

VICENTE. La verdad, me da vergüenza.

RAMONA. Hijo mio! Con nosotras!
Que hemos olvidado piensa
esos impulsos dulcísimos
del alma que se despierta
en la aurora de la vida
á gozar de la existencia.
Aquel no sé qué...

RITA. (Ap.) (Yo sí.)

RAMONA. ¿Te acuerdas? (Á Rita.)

RITA. Pues no!

VICENTE. (Con asombro cómico.) ¡Se acuerdan!

RAMONA. Ábrenos tu corazon;
cuéntanos todas tus penas;
habla de tus esperanzas
ó si no de tus tristezas.
Y por lo pronto, Vicente,
el retrato nos enseñas.

VICENTE. (Ap.) (Allí vinimos á parar.)

Señoras, yo bien quisiera;
pero tengo, así... reparo...
y cortedad... ¡y si ella
supiese que yo!... ¡Jesús!
En fin, que me da vergüenza.

RAMONA. Si yo soy casi tu madre.

RITA. Si yo puedo ser su abuela.

VICENTE. (Aparte.) (Y si yo pudiese ser
vuestro padrastro lo fuera.)

RAMONA. Cuando niño siempre estaba
sobre mi falda.

VICENTE. (Aparte.) (¡Qué ciega
es la infancia!)

RAMONA. Pues tenía
unas manitas de cera!
¿Ves ahora qué grandes son?
(Señalando á la mano en que tiene el retrato: Vicente lo pasa á la otra que oculta con su propio cuerpo y extiende y mira con fingida curiosidad la mano que señaló Ramona.)
¡qué nervudas y qué feas!
pues oye, un primor han sido:
unas manos de muñeca.

VICENTE. (Aparte.) (Vamos, que estoy en estudio.)

RAMONA. (Empezando á impacientarse.)
Conque el retrato.

RITA. No sea
tan uraño como el otro.

VICENTE. (Aparte.) (Ser basilisco quisiera.)

RAMONA. Enseña la mano, niño.

VICENTE. (Con tono mimoso.)
La mano!... ¡Me da vergüenza!

RAMONA. (Cambiando completamente de tono y con enojo.)
Te da vergüenza? Pues mira,
acéptala con presteza,
porque te hace mucha falta.

VICENTE. ¡Cómo es eso?

RAMONA. Como suena.
Ese retrato no es tuyo:
es de aquella buena pieza.
Esa ninfa no es tu ninfa,
que trisca en otra pradera.

Tú eres sólo el confidente,
el consejero, y la lengua
á otra palabra se va
y que la sujete es fuerza.

VICENTE. Pero yo... (Aturdido.)

RAMONA. Mal corazon!

VICENTE. Si digo...

RITA. Mala cabeza!

RAMONA. ¿Qué te hemos hecho? responde,
para que de esta manera
con tus consejos infames
nos lo cambies y perviertas?

VICENTE. Poco á poco! que no soy
lo que usted indica y piensa.
Ni malos consejos dí...

RAMONA. (Á Rita.) Pues no le ves, cómo niega?

VICENTE. Y negaré más que Pedro!

RITA. ¿Qué Pedro?

VICENTE. Pues no se acuerda?
Aquel que negó tres.

RITA. Ya, ya.

VICENTE. (Aparte.) (De tu tiempo era.)

RAMONA. En fin, que tú le corrompes
porque eres...

VICENTE. Cuide la lengua.

RAMONA. Un mal hombre, un mal sujeto!

VICENTE. Que no lo soy.

RAMONA. Y un tronera!

VICENTE. Vive Dios!

RAMONA. Para castigo
de gente de tu ralea.
Pues qué le estabas diciendo
hace poco? Vaya, inventa.

VICENTE. Le estaba diciendo...

RAMONA. Sigue.

VICENTE. Tu conducta es muy perversa:
no merece tu mujer
que por otra...

RAMONA y RITA. (Con alegría.) ¡Ya confiesa!

VICENTE. Pues es cierto! ¡Qué demonio!

RITA. Ya lo ves, salió la prueba
como yo te lo anunciaba.

RAMONA. Has hablado.
VICENTE. Y no me pesa.
Aquel es un loco.
RAMONA. Ahora
dijiste la gran sentencia.
VICENTE. Y debemos entre todos
volverlo á la línea recta.
RAMONA. Este chico ha sido siempre...
RITA. Un buen chico.
VICENTE. Madre, abuela,
dejémonos de arrumacos
y á lo que nos interesa.
RAMONA. Tiene una querida?
VICENTE. Sí.
(Ramona y Rita le miran como diciendo: «si era preciso.»)
Es decir, quiere á una hembra
que no es su mujer.
RAMONA. ¿Se llama?...
VICENTE. Ventura por esta fecha.
Quizá dentro de muy poco,
porque á Eugenio le convenga
cambie de nombre lo mismo
que cambia piel la culebra.
RAMONA. Dónde la ve?
VICENTE. No la ve
más que en la region etérea.
RAMONA. No lo entiendo: ¿y tú? (Á Rita.)
RITA. Tampoco.
VICENTE. Ni yo; ni él; ni nadie. Crean
que es una historia. Oiganme.
Hace un año, en una fiesta,
ó baile del Teatro Real,
un dominó, con careta
por supuesto, le inflamó
de modo tal y manera,
que desde aquel punto mismo
ni descansa ni sosiega:
y despierto se la finge,
y dormido se la sueña.
(Mientras habla Vicente, Ramona y Rita se miran con asombro y con señales de inteli-

gencía mútua.)

RAMONA. Nunca la vió?

VICENTE. Su retrato
que es este, de una pulsera
ha copiado.

RAMONA. (Á Rita.) ¿Estás oyendo?

RITA. ¿Pero qué dice?

VICENTE. Y se empeña
en que su sueño veló
cuando estuvo enfermo.

RAMONA. Esa
es la historia...

RITA. Cabalito.

RAMONA. Qué bueno! qué bueno fuera!
Vamos á ver...
(Acercándose las dos para ver el retrato.)

VICENTE. Aquí está
del ideal la imágen bella,
que es como quien dice el cuerpo
del delito, aunque no sea
cuerpo corpóreo, si hablar
de este modo...

RAMONA. Venga!

RITA. Venga!
(Miran el retrato con afan una y otra vez, y siempre con grandes demostraciones de asombro.)
¿Pero estás viendo, Ramona?

RAMONA. ¡Jesús, Rita!

RITA. ¡Qué ocurrencia!

RAMONA. Y él presume?...

RITA. Pobre chico!

RAMONA. Déjale, que ya le espera...

VICENTE. Conque ustedes saben?...

RAMONA. Todo.

VICENTE. Y conocen?...

RAMONA. Buena es esa! (Riendo.)
Dice si nosotras?...

RITA. (Riendo tambien.) Chito!...

RAMONA. (Á Vicente.) Tú, muchísima reserva;
no cuentes ni una palabra.

VICENTE. No es fácil.

RAMONA. Ves? Aquí llega

Sofía: entretenla un rato.
Ven, Rita; tengo una idea.

RITA. Yo tengo otra.

VICENTE. Ya son dos.
Yo no tengo la tercera.
Pero en guardia, que es difícil
engañarle. Tiene seña
y santo, como quien dice,
y lo dije en vice versa.

RAMONA. Es una frase?

VICENTE. Cabal.

RITA. Y ¿la saben?...

VICENTE. Él y ella:
y no más.

RAMONA. Y todo aquel
que la supo ó la sorprenda.
Gracias, Vicente, jamás
olvidaré la accion esta.
Me has quitado un peso!...

VICENTE. Pues,
el peso á mí no me pesa.
(Las dos mujeres se dirigen al fondo.)

RAMONA. (Nosotras... (Habla al oido á Rita.)

RITA. Pensé lo mismo.

RAMONA. Y él entonces... (Como ántes.)

RITA. (Al oido á Ramona.) Justo, y ella...)
Estas cosas me dan vida: (Alto.)
me rejuvenecen: ¡ea,
que me han quitado diez años!

VICENTE. (Pues buena falta la resta
te iba haciendo.)

RAMONA. (Á Vicente.) Y tú, silencio.

RITA. Chiton!

RAMONA. ¡Cuidado!

RITA. ¡Prudencia!
(Salen por el fondo.)

VICENTE. Yo me quedo como estaba:
¡señor, qué tramoya esta?

ESCENA VIII.

SOFÍA.—VICENTE.—Aquella entra por la derecha segundo término.

SOFÍA. Eres tú, Vicente? (Con cierta distraccion.)
VICENTE. Sí.
SOFÍA. Y mi madre?
VICENTE. Fué con Rita.
(Sofía se deja caer con abandono en la butaca de la izquierda y queda pensativa y triste.)
Estás malita? (Acercándose con interés.)
SOFÍA. Malita?
No por cierto.
VICENTE. Pensé.
SOFÍA. Dí...
Pero no: no digas nada.
(Este será como aquel (Ap.)
y tendrá ya su papel.
Son lobos de una camada.)
VICENTE. ¿Qué tal sienta el matrimonio?
Estás muy interesante,
con tu pálido semblante,
y tus ojos... (¡Qué demonio! (Ap.)
Ese Eugenio es un babieca.)
SOFÍA. No te cases.
(Volviendo por primera vez la cabeza hácia él.)
VICENTE. Segun eso,
el consorcio es un gran peso.
SOFÍA. Muy grande. Y una jaqueca.
No, primo, no hay salvacion,
trae consigo el santo yugo,
una víctima, un verdugo,
y al fin... una ejecucion.
VICENTE. Mil gracias, primita bella,
ese interés que por mí...
SOFÍA. Si no lo digo por tí.
VICENTE. ¿Pues por quién? (Alarmado.)
SOFÍA. Por quién? Por ella.
VICENTE. Supones?...

SOFÍA. No hay más que ver.
VICENTE. ¿Que yo el verdugo sería?
SOFÍA. Pues claro. Pobre hija mia:
¡qué lástima de mujer!
VICENTE. (Ap.) (Aquellas me llaman trueno
y esta me llama verdugo:
vamos que yo me atarugo,
que yo no me siento bueno.
Ese hombre loco y audaz,
de cabeza hueca y vana,
con su conducta liviana,
con su carácter procaz
en que no hay freno ni tasa,
sin saber cómo ni cuándo,
está desacreditando
á mi sexo en esta casa.)
(En voz alta.) Pues yo, primita, te digo
que puedo justificarme.
SOFÍA. Para qué? No he de casarme
ni ahora ni nunca contigo.
VICENTE. Es que yo tengo mi genio,
y en las cuestiones de honor...
SOFÍA. ¿Quieres hacerme un favor?
Decirle que venga á Eugenio.
VICENTE. Con mucho gusto. Pero ántes
quisiera con energía
rechazar, primita mia,
ciertas palabras picantes.
SOFÍA. Á qué fin? No hago memoria.
(Movimiento de Vicente.)
Me arrepiento, me desdigo.
Tu mujer tendrá contigo
un compendio de la gloria.
Quieres ir? (Con impaciencia.)
VICENTE. (Ap.) (Hay tempestad.)
SOFÍA. Vamos, me traes á mi esposo?
VICENTE. (Ap.) (Y qué rostro tan hermoso!)
SOFÍA. Iré yo. (Levantándose.)
VICENTE. Ten la bondad...
(La obliga á que se siente.)
SOFÍA. Pues pronto... ¡qué pesadez!
EUGENIO. (Ap.) (De él me vengo de este modo.)

(En voz alta.) Voy allá.
(Se dirige á la puerta del estudio: en el camino se detiene varias veces para mirar á Sofía.)
(Ap.) (Rompa en él todo el temporal de una vez.)
(Sale por la puerta del estudio.)

ESCENA IX.

SOFÍA.

Cansada estoy de esperar,
y estoy harta de sufrir.
Venga el ingrato á decir,
que ya no me puede amar
porque adora á otra mujer,
y yo olvidaré su amor,
ó me matará el dolor,
ó me matará el placer.
El placer: ¿por qué motivo
no ha de serlo el desengaño?
Será un placer muy extraño,
pero en fin, yo lo concibo.
¡Saber que debo ya odiarle!
¡Y provocar sus enojos!
¡Y morir ante sus ojos!
¡Y muriendo... amarle, amarle! (Llorando.)
Ahí viene: y qué preocupado.
Pensará en otra mujer...
(Se levanta impetuosamente y da unos pasos.)
Ahora no: va á conocer
el infame que he llorado.
(Se vuelve á sentar, se limpia los ojos, y finge que está haciendo una labor cualquiera.)

ESCENA X.

SOFÍA.—EUGENIO, entra por la puerta del estudio.

EUGENIO. Deseabas hablarme?
SOFÍA. Yo?
hablarte? No, ciertamente.
EUGENIO. Pues fué á buscarme Vicente.

¿No le has enviado tú?

SOFÍA. No.

EUGENIO. Entónces por qué?... (Con algo de mal humor.)

SOFÍA. Me agravia
que dudes de mí.

EUGENIO. No dudo.
¿Pero él?...

SOFÍA. Confundirse pudo.
Ademas siempre está en babia.

EUGENIO. En eso tienes razon.

SOFÍA. Pues no te lo dije? Claro.

EUGENIO. Noté en él algo muy raro,
entre burla y compasion.
En fin, dejémoslo aquí.
(Se sienta junto al velador de la derecha y se queda pensativo. Pausa.)
(Ap.) (Hoy hace un año: uno justo.)

SOFÍA. (Ap.) (Ya está mi esposo á su gusto:
ya no se ocupa de mí.
Debiera odiar al infiel
y no lo quiere mi estrella.)

EUGENIO. (No puedo vivir sin *ella*.)

SOFÍA. (No puedo vivir sin *él*.)

EUGENIO. (Si te pudiera encontrar
Ventura de mi ventura!)

SOFÍA. (Si pudiese su ternura
por cualquier medio alcanzar!)
(Ambos sentados: ella á la izquierda en la butaca: él á la derecha junto al velador.)

ESCENA XI.

SOFÍA.—EUGENIO.—UN CRIADO, por el fondo con una carta.

CRIADO. Se puede?
(Pequeña pausa: no le contestan.)
Puedo en rigor
que no me dicen que espere.
(Da algunos pasos.)

EUGENIO. Quién es? (Sin volverse.)

SOFÍA. (Volviendo la cabeza) Pablo.

EUGENIO. Y bien ¿qué quiere?
(El Criado muestra la carta.)
SOFÍA. ¿Para mí?
CRIADO. (Separándose algo de Sofía y dirigiéndose á Eugenio.)
Para el señor
esta carta trajo ahora
un lacayo ó cosa tal,
con órden muy especial
de no darla á la señora.
(Sofía y Eugenio se levantan á la vez y con violencia.)
EUGENIO. Venga... venga... (Cogiendo la carta.)
SOFÍA. Vete, Pablo.
EUGENIO. Pero ese chico...
SOFÍA. Que aguarde.
(Á Pablo despidiéndolo. Éste sale por el fondo.)

ESCENA XII.

SOFÍA.—EUGENIO.

Ambos en pie: observándose: él con la carta en la mano pero sin abrirla.

SOFÍA. (Ap.) (Calla, corazon cobarde.)
EUGENIO. (Ap.) (Cómo me mira: ¡qué diablo!)
SOFÍA. No lees la carta? Tal vez (En voz alta.)
será cosa muy urgente.
EUGENIO. (Ap.) (No me atrevo á alzar la frente.)
SOFÍA. (Ap.) (Del traidor la palidez.)
EUGENIO. Cualquier cosa: pedirán
una limosna: de fijo.
SOFÍA. ¿Una limosna? Pues hijo,
si la pide y no la dan,
por más que su orgullo venza
ser pudiera, sin ser raro,
no matarle el desamparo
y matarle la vergüenza.
Una limosna pedí
yo tambien. (Movimiento de Eugenio.)
(Con altivez.) Ya no la pido.

EUGENIO. Sofía...
SOFÍA. Basta. Querido,
lee la carta.
(Se inclina Eugenio en señal de obediencia y hace ademan de marcharse. Sofía le detiene cogiéndole del brazo.)
Pero aquí.
EUGENIO. Si te empeñas...
SOFÍA. No imagines
que á robar voy tu secreto.
EUGENIO. Secreto!...
SOFÍA. Yo te prometo
esperar á que termines.
(La parte muda de esta escena, que es muy importante, queda encomendada al talento de los actores.)
EUGENIO. «Si su memoria es leal, (Leyendo.)
»y del negro dominó
»se acuerda, que le embromó
»ha un año en el Teatro Real...»
(Aparte y con explosion de gozo.)
(Es ella! es ella! mi bien!
la que soñó el alma mia!...
Me está mirando Sofía...) (Conteniéndose.)
SOFÍA. Pide limosna tambien?
EUGENIO. Es tan pobre mi magin,
y voy aún tan al principio,
y ademas hay tanto ripio,
(Mostrando la carta.)
que no entiendo...
SOFÍA. Pues al fin.
EUGENIO. Para qué? La introduccion
muestra que no es importante:
la leeré más adelante.
SOFÍA. Aguardan contestacion.
(Le invita á que siga leyendo: él duda: al fin lee.)
EUGENIO. «Acuda esta noche allí
»do me vió por vez primera,
»ó esta la carta la postrera
»será en que sepa de mí.»
SOFÍA. Pues te interesó el final.

EUGENIO. Me interesó?
SOFÍA. Cosa clara:
se te conoce en la cara:
estás fingiendo muy mal.
Vas de traiciones en pos:
(Con explosion celosa.)
me lo dice el alma mia.
EUGENIO. No me juzgues mal, Sofía.
SOFÍA. Dame esa carta por Dios.
(Acercándose á él.)
Sé que amas á otra mujer!
EUGENIO. Á otra mujer? Qué locura!
SOFÍA. Y sé su nombre.
(Pausa: ambos se miran con ansiedad.)
Ventura!
EUGENIO. (Ap.) (¿Cómo ha podido saber?
Me he metido en un mal paso!)
SOFÍA. Se ha pronunciado ese nombre
en mi casa, y no te asombre,
hoy mismo por un acaso.
Te observé con atencion,
y siempre que resonaba
tu semblante reflejaba
mal contenida emocion.
EUGENIO. No sé lo que estás diciendo.
SOFÍA. Pues yo presumo que sí.
RAMONA. (Desde fuera.)
Ventura, ¿tú por aquí?
EUGENIO. (Sin poder contener un movimiento de gozo.)
¡Ella al fin!
SOFÍA. ¿No lo estás viendo?
(Eugenio se dirige al fondo.)
Á dónde vas?
EUGENIO. Déjame,!
que me cansa tu querella.
SOFÍA. Eugenio!...
EUGENIO. ¡Vicente, es ella!
(Á Vicente que sale por la derecha, primer término, y que se aproxima á Eugenio.)
RAMONA. (Desde dentro.)
Ven y te presentaré.
No temas, si estamos solas

con Eugenio y con Vicente.

EUGENIO. (Aparte.) (Mujer, mi alma te presiente!)

ESCENA XIII.

SOFÍA.—EUGENIO.—VICENTE.—DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—VENTURA.

Los tres últimos por el fondo trayendo Ramona á Ventura de la mano.

RAMONA. (Haciendo la presentacion á Eugenio.)
Don Ventura Ruiz de Arolas.
(Eugenio retrocede como si viese un fantasma: Ventura le sigue: todos avanzan hácia el proscenio.)

VENTURA. Vaya si hay transformacion
de cuando estaba en el lecho.
Venga aquí, sobre mi pecho:
yo soy todo corazon.
(Abraza estrechamente á Eugenio.)

EUGENIO. Se llama Ventura?

VENTURA. Sí:
desde el agua bautismal. (Dándole otro abrazo.)

VICENTE. (Á Eugenio en voz baja.)
(Aprieta bien á tu ideal.)

EUGENIO. (Ap.) (Se burlan todos de mí.
No es Rita, ni este señor,
luégo es Laura: no me ofusco.
Como encuentre á la que busco
que rian á su sabor.)
(Dirigiéndose á D. Ventura y tendiéndole la mano.)
Don Ventura, ya mi mal
pasó para no volver...

VENTURA. Bravo! Y dispuesto!...

EUGENIO. Á correr...
(Ap.) (en pos siempre de lo ideal.)
(Ventura y Eugenio en el centro casi abrazándose: á la izquierda Sofía, Ramona y Rita: á la derecha Vicente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los dos actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—VENTURA.

Los tres aparecen sentados junto al velador: sobre él una luz. Doña Ramona viste completamente de negro: Rita á ratos trabaja en un bordado.

RAMONA. ¿Os parece bien mi plan?
VENTURA. Á mí no, que esas tramoyas
ni son dignas de Sofía,
ni son dignas de vosotras.
RAMONA. Sofía nada sabrá,
y que nada sepa importa;
que es altiva, que es amante,
y como amante celosa:
mujer al fin, y jamás
aceptaría las sobras
de un amor, que el desengaño
le trajese de limosna.
VENTURA. Esa es la mia: de frente;
con la verdad en la boca;
con la lealtad en el pecho;
nada de sendas tortuosas,

que esas farsas mujeriles
no aprovechan y deshonran.

RITA. Ya lo dijo don Ventura,
el que jamás se equivoca.

ENTURA. Ya lo dijo doña Rita,
la infalible, la doctora.

RITA. Tú siempre medios brutales.

VENTURA. Tú siempre intriguillas toscas.

RITA. Naciste para soldado.

VENTURA. Tú naciste para monja.

RAMONA. Nacisteis para vivir
en paz.

VENTURA. Pues no se nos logra.

RAMONA. Vamos á lo que interesa,
que no tenemos de sobra
el tiempo.

VENTURA. Pues adelante.

RAMONA. (Á Ventura.) Tu papel en esta broma,
á que das nombre de farsa,
y yo el de leccion piadosa,
es en extremo sencillo:
tener cerrada tu boca.

VENTURA. Pues no encargues á mi hermana
el papel, porque lo embrolla.

RITA. Por esta vez eres tú
el embrollon, como en todas.
Tú aconsejaste al hermano
que á aquellas tierras remotas
se llevase á mi sobrina,
á mi hijita, á mi paloma.

VENTURA. Eso no tiene remedio,
ya pertenece á la historia.

RITA. Pensar que mañana mismo...
Vamos, prosigue, Ramona.

RAMONA. Mi hija sospecha que Eugenio
esta noche, y á deshora,
proyecta ir al Teatro Real,
donde una cita amorosa
le han dado; y os dije que
he sido yo la inventora.
Yo no pienso acompañarla:
la causa sabeis de sobra.

Rita no puede, que tiene...

RITA. Una jaqueca horrorosa.

RAMONA. (Á Ventura.) Conque es preciso que tú,
allá tarde y en persona,
traigas á Laura; que entreis
en mi cuarto sin que sombra
humana os vea, y que luégo
sin tapadillos y coram
populo salgais de casa
y me dejeis á mi sola.
¿Has comprendido?

VENTURA. ¡Pues no!
Sin que me falte una coma.

RAMONA. Y ¿vas á ser tan amable?...

VENTURA. Lo fuí siempre y tengo á honra
seguir siéndolo.

RITA. De modo
que lograste la victoria.
Pues, hija, domesticaste
á la fiera más indómita!...

VENTURA. Completamente: mas dime,
porque lo que es vuestra historia
algo oscura me parece.

RITA. Pues es bien clara. Nosotras
y Laura dimos á Eugenio,
un año hace, cierta broma
en el Real, que por lo visto
le ha trastornado la cholla.

VENTURA. Eso está bien; pero ¿cuál
fué la ninfa misteriosa?

RAMONA. Pues hijo, yo: te lo he dicho.

VENTURA. ¿De veras? (Mirándola con recelo.)

RAMONA. Pues no.

VENTURA. ¿Tú propia?

RAMONA. ¿No lo crees?

VENTURA. No digo... pero
no me pasa de la gola.

RITA. Pues yo no fuí.

VENTURA. Lo supongo:
tus principios... y tus formas
te ponen muy al abrigo
de sospechas maliciosas.

Pero aunque hay gran diferencia
de *tú ver* al de Ramona,
y aunque decís que ese mozo
tiene la vista algo corta,
y aunque sin decirlo, pienso
que es un cabeza de tórtola,
aún así, no me persuado...

RAMONA. Vamos, no temas: en prosa.

VENTURA. Digo que no fuiste tú.

RAMONA. ¿Pues quién entónces?

VENTURA. La otra.

RAMONA. ¿Laura?

VENTURA. Pues; y que al mancebo
no le picó mala mosca;
y que tiene buen olfato,
y que ese ideal que le roba
alma, vida y corazon,
es un ideal y una gloria.

RAMONA. Que no vale, sin embargo,
más que Sofía.

VENTURA. Perdona.

RAMONA. Ni yo hubiese permitido...

VENTURA. Ni ella sería tan tonta
que te pidiese la venia.
Le habló del arte, y las cosas
tomaron un tinte... así...
sentimental, y estas bromas...
digo que digo...

RAMONA. Que dices
de la verdad mucho en contra.
Porque es la verdad, Ventura,
(Con tono bromista.)
que yo entre rasos y blondas
daba aquella noche un chasco
á la luz como á la sombra.

VENTURA. (Mirándola fijamente.)
Podrá ser... mas con mi vista
no hubiera sido, Ramona.
(Ramona le mira y se echa á reir: se vuelve como para hablar con Rita y señala hácia Ventura. Las dos rien.)

RAMONA. Tú eres un pobre pazguato

que piensas ver y estás ciego.
Una mujer, como yo
he sido en mis buenos tiempos...
¿No nos oyen? (Mirando alrededor.)

RITA. Nadie.

VENTURA. Nadie.

RAMONA. Pues entónces continuemos.
Decia, que una mujer
que allá en sus años primeros
consiguió robar al sol
de hermosura algun destello,
aún en su ocaso conserva
de aquella luz los reflejos.
Hay líneas tan bien trazadas
á lo largo de un buen cuerpo,
que en vistiéndolas de seda
con cierta maña y esmero,
ó su pureza recobran,
ó lo finge por lo ménos.
Si hay colores que dilatan,
los hay que achican el cerco,
y para abreviar cinturas
no hay como un vestido negro.
Sombra que se desvanece
por sus pliegues en el suelo
y que se eleva gallarda
hondas haciendo hasta el cuello,
cual noche que desde el valle
sube poco á poco al cielo.
Sombra que baja graciosa
desde el oscuro cabello
y que en la negra careta
termina, su encaje espeso
sobre la barba rizando,
cual nube que el firmamento
manda á la tierra en crespones
que encajes son de aquel velo.
Y entre aquella y esta sombra,
ántes que llegue su encuentro,
en compendio de un ocaso,
y en espacio muy estrecho,
una garganta redonda,

vislumbres de un blanco cuello,
una barbilla que juega
al *te veo* y *no te veo*;
esas últimas reliquias
de tesoros de otros tiempos,
que años y penas respetan
hasta el último momento;
del cielo de la hermosura
¡adios! divino y postrero,
como el que da en el ocaso
giron de azul,—ya deshecho
entre *la noche* que sube
desde el valle hasta los cielos,
y la *noche* que desprende
desde arriba el firmamento,—
á *un sol* que de las tinieblas
hundióse en los anchos senos.

VENTURA. (Ha seguido la tirada poética de Ramona con interés y prorumpe en una exclamacion de sorpresa.)
¡Prima Ramona, tú has sido!
Ahora sí: ahora te creo.
Oye, ponte la careta.
(Coge una careta negra que hay sobre el velador y le obliga á ponérsela. De este modo resulta Ramona, con su vestido negro, su pelo oscuro, la careta y su garganta blanca y desnuda, como siendo la reproduccion exacta de su propia descripcion.)
Pues tienes razon! Es cierto!
Y cómo brillan tus ojos
por esos dos agujeros!
Estás así muy hermosa:
mucho más que al descubierto.
En adelante has de hablarme
encaretada y de negro.
(Ramona se quita la careta y la guarda.)
(Á su hermana.) Y tú te pones careta,
y no hablas, y no te veo,
y alcanzas ¡la perfeccion!
dados tu edad y tu sexo.

RITA. Tú sólo la alcanzarás,
solteron, ruin y perverso,

cuando yo me sé. Ramona,
pierdes hablándole el tiempo.

VENTURA. No en verdad. Me he convencido
de que si lo toma á empeño
con ser ella... realidad,
harto real, de carne y hueso,
puede levantar de cascos
á un romántico mancebo,
como se envuelva entre sombras
y hable en estilo poético.
(Se detiene un instante á reflexionar, luégo estalla de repente con nuevas dudas.)
Pero escucha... No señor...
digo que no me convenzo.
El vió el retrato de Laura,
luego no ha sido tu cuerpo,
entre encajes y entre blondas
aderezado y compuesto;
ni tus frases zalameras,
ó llamémoslas ingenio;
ni tus ojos tras del raso
parapetados y abiertos,
haciendo de la careta
por las dos troneras fuego;
ni tu cutis... que aún resiste;
(Mirándole de cerca.)
ni de tu garganta y cuello
los crepúsculos, velados
á medias por malos medios;
nada de esto ha sido, nada,
lo que le ha sorbido el seso,
sino aquella miniatura
del rostro más puro y bello,
que en la vega de Granada
vió nunca el sol desde el cielo.

RAMONA. Ántes de ver la pintura,
forjóse tal otra Eugenio,
que no ha de hallarla en la vida
si la busca un siglo entero.

VENTURA. No me engañas: tú eres... ¡buena!
pero yo no lo soy ménos.
Esa historia es un embrollo!

RITA. No te lo dije? es muy terco.
Para sentar adoquines
una cabeza sin precio.
RAMONA. Pues supon que no fuí yo.
Razon de más.
VENTURA. Eso es cierto.
RAMONA. ¿Y traerás á Laura?
VENTURA. Claro.
RAMONA. Esa me basta. Silencio,
que se acerca aquí Sofía.
De conversacion mudemos.

ESCENA II.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA. VENTURA.—SOFÍA.—Esta última por la derecha, segundo término.

SOFÍA. ¿No ha venido Eugenio?
RAMONA. No.
SOFÍA. (Señalando á Ventura.)
¿Le has dicho?...
(Doña Ramona hace señal afirmativa.)
¿Y consiente?
RAMONA. Sí.
SOFÍA. (Dando la mano á Ventura.)
¡Cuánto le agradezco!...
VENTURA. (Ap.) (Así:
ya soy del enredo yo.)
SOFÍA. (Á Ventura.) Será cierta su maldad?
Eugenio ¿tendrá una intriga?
VENTURA. Yo qué quieres que te diga?
SOFÍA. Lo que piense: la verdad.
VENTURA. Y si tu esperanza trunca?
Mira que yo me resbalo:
pienso siempre lo más malo,
y no me equivoco nunca.
SÓFÍA. Lo que es hoy acierta usted.
RAMONA. No se sabe todavía.
RITA. Vas muy de prisa, Sofía.
RAMONA. Pensé hacerte una merced
dándote de mi sospecha
aviso en todo prudente,

y he levantado en tu mente
una tempestad deshecha.

SOFÍA. Tienes razon, madre amada.

(Se sienta al lado de su madre y casi se ab á ella. Para esto es preciso que los perso jes estén en el órden siguiente: en el s Rita y Ramona, á la izquierda del espect dor esta última: Ventura al otro lado del v lador, es decir, á la derecha. Sofía se sient á la izqnierda, y de este modo queda, como se ha dicho, al lado de su madre.)

Si merezco que me riña.
(Dirigiéndose á Rita y Ventura.)
Soy una loca, una niña!
Pero soy tan desgraciada!
Todo mi valor invoco,
y al fin se deshace en llanto:
y es ¡que yo le quiero tanto!
y que ¡él me quiere tan poco!
Ustedes que por su edad
deben tener experiencia,
¿hay en los hombres conciencia?
¿ó saben lo que es piedad?
¿Hay manera de leer
en la luz de una mirada,
si una es la mujer amada,
ó si lo es otra mujer?
¿Habrá modo de arrancar
á un hombre del corazon?
Porque si él me hace traicion
yo, madre, le quiero odiar.

(Dice esto con desesperacion: rompe en llanto y se abraza á su madre.)

RAMONA. Vamos, te hice maleficio!

SOFÍA. Si no puedo.

RAMONA. Aunque no puedas.
Si sigues así te quedas.

SOFÍA. No, madre, yo tendré juicio.

RAMONA. Seca tus ojos, y pronto:
se me figura que viene.
(Mirando al fondo.)
Y que finjas bien conviene:
mira que Eugenio no es tonto.

Sabrás tú?

VENTURA. Si eso se hereda.
¡Mujer y no ha de saber
fingir, aún sin aprender!

SOFÍA. Yo haré, mamá, lo que pueda.

ESCENA III.

SOFÍA.—DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—VENTURA.—EUGENIO, por el fondo como viniendo de la calle.

EUGENIO. Buenas noches.

VENTURA. Á fe mia
que lo han sido.

EUGENIO. La velada
¿no le pareció pesada?

VENTURA. En tan buena compañía...
Usté en cambio, en el café,
entre taza y taza y copa,
habrá arreglado la Europa
con unos cuantos?

EUGENIO. No á fé.
Me precio de buen marido
y aún de marido casero,
quien quiere como yo quiero
de su casa hace su nido.
Sobre cierto asunto grave
salí despues de comer.
Yo no dejo á mi mujer
por ninguno. Ya lo sabe.
(Acercándose á ella con fingida solicitud y cogiéndole la mano.)
Que diga si en once meses,
sin ella, ni á pié, ni en coche
he salido alguna noche.

SOFÍA. Ántes de que tú vinieses
precisamente eso mismo
estaba diciendo yo.
(Á Ventura.) No es verdad? Diga que no.

VENTURA. (Ap.) (La mujer es un abismo.)

EUGENIO. (Con solicitud y cariño.)

Ántes que él, por él respondo.

SOFÍA. ¿Y respondes?

EUGENIO. Que te creo.

VENTURA. (Ap.) (Pero en ese abismo veo
que el hombre siempre es el fondo.)

EUGENIO. (Cogiendo una silla y sentándose al lado de Sofía: ambos esposos fingen gran pasion y alegría.)
Cásese usted, don Ventura,
si quiere usted ser dichoso.

VENTURA. Sería muy mal esposo.

RITA. (Dando la mano á Ramona.)
Toca: tengo calentura.

EUGENIO. Pues yo, amigo, en mi casita
paso mi vida serena,
con mi mamá, que es muy buena,
el arte y mi mujercita.
Amigos! buena comparsa!
no hay amigos de verdad.
Esta es la felicidad.

VENTURA. (Ap. y levantándose.)
(Y el disimulo y la farsa!)

EUGENIO. Qué le ha dado.

RITA. Algun calambre:
él suele ser muy propenso.

VENTURA. Un calambre á lo que pienso.

RITA. (Á Ventura.) Mira, dame aquel estambre,
el que está cerca del hule.

RAMONA. (Á Rita en voz baja señalando á Sofía y Eugenio, que hablan muy animados y contentos.)
(Observa su dulce charla:
como proyecta engañarla
preciso es que disimule,
y que finja gran vehemencia,
ó por velar su traicion,
ó quizá en compensacion
y en descargo de conciencia.)

RITA. (Ap. á Ramona.)
(Y ¿qué tal ella?)

RAMONA. Así, así.
(Ventura le trae el estambre: despues sigue paseando por la izquierda.)

RITA. Te ha pasado?
VENTURA. Qué sé yo.
SOFÍA. (Á Eugenio en voz alta.)
Y ¿no me engañas?
EUGENIO. Que no.
SOFÍA. (Con expresion de gozo.)
Pero ¿es de veras?
EUGENIO. Que sí.
Conque te gusta?
SOFÍA. Esa es buena!
gustarme no, que me hechiza.
Si despues no se realiza
voy á tener una pena!
No sabes, mamá. Lo digo?
(Consultando con Eugenio.)
EUGENIO. Ya lo vas á descubrir.
RAMONA. De qué se trata?
SOFÍA. (Mirando á Eugenio.) De ir...
VENTURA. Á dónde?
RITA. Concluye.
SOFÍA. (Como ántes.) Sigo?
Al cabo lo han de saber...
¿qué importa decirlo ya?
Das permiso?
RITA. Sí lo da.
Vamos, despacha, mujer.
SOFÍA. Mira que está ya en un tris!
EUGENIO. Dilo.
SOFÍA. Pues dame la mano.
(Coge la mano á Eugenio, que se muestra algo avergonzado.)
¡Vamos á ir este verano
los dos juntos á París!
(Empieza á no poder fingir felicidades que sabe que son ficciones, y le domina la emocion.)
RAMONA. Pero ¿qué tienes, Sofía?
SOFÍA. Qué he de tener... toma, toma!
Y despues... juntos... á Roma...
No puedo más, madre mia!
(Se abraza á su madre llorando: D. Ventura con muestras de impaciencia emprende d-

nnevo sns paseos.)

EUGENIO. Vamos, no llores, locuela. (Á Sofía.)

SOFÍA. Eugenio!...

(Tendiéndole los brazos con arranque de pasion.)

RAMONA. (Ap. á Sofía.) No; que te pierdes.
Es preciso que te acuerdes
que esta noche se le cela.

SOFÍA. No te enfades: ya ha pasado: (Á Eugenio.)
era sólo de alegría.

(Eugenio se separa tambien de Sofía y pasea: al encontrarse se miran él y Ventnra.)

EUGENIO. (Qué injusto soy con Sofía.)

SOFÍA. No pienses que me ha engañado.

(Á Doña Ramona.)

(Se vnelven a encontrar Engenio y Ventura hácia la izqnierda y se paran.)

EUGENIO. (Á Ventnra, aparte.)
(Aunque yo mucho la quiero,
al ver lo que ella me quiere..
alguna cosa me hiere,
y no sé qué.

VENTURA. Yo lo infiero.

EUGENIO. Me avergüenza mi egoismo:
su cariño me avasalla:
pienso que soy un canalla...

VENTURA. Ha rato pienso lo mismo.

(Se miran otra vez y sigue paseando Ventnra sin ocuparse más de Engenio.)

EUGENIO. Me plantó. Por Belcebú!
que el buen hombre se explicó.
Pase que lo diga yo,
no que lo repitas tú.
Está bien. Seré muy zote,
pero yo tengo aprendido
que nada hay más parecido
á un grosero, que un francote.)

(Se pasea con enojo: se cruza alguna vez con Ventnra mirándose con hostilidad cómica. Al fin se aproxima á Sofía.)

EUGENIO. Estás triste? Estás inquieta?

SOFÍA. No: me siento fatigada.

VENTURA. (Volviéndose á sentar á la izquierda en una butaca.)
Con nosotros excusada
sabes que es toda etiqueta.
RAMONA. Retírate á descansar.
EUGENIO. Sí, retírate, Sofía.
SOFÍA. Adios... (Á Rita.)
Adios... (Á Ventura.)
Madre mia... (Abrazándola.)
(Á Eugenio dándole la mano.)
Mira que no has de olvidar
nuestro plan.
EUGENIO. De ningun modo:
(Llevándola cariñosamente hasta la puerta de la derecha, segundo término.)
suceda lo que suceda,
esta noche como pueda
lo arreglo.
SOFÍA. (Y lo sé yo todo.) (Ap.)
VENTURA. (Ap. mirándolo.)
(Que así en mentiras derroche
tanto bueno una persona!)
EUGENIO. (Qué cara tan socarrona
tiene mi suegra esa noche.)

ESCENA IV.

DOÑA RAMONA.—DOÑA RITA.—EUGENIO.—VENTURA.

Ramona, Rita y Ventura, sentados: Eugenio en pie paseando de un lado para otro con febril impaciencia y mirando el reló. Rita de cuando en cuando da una cabezada.

EUGENIO. Y Vicente? no ha venido!
RAMONA. Allá en tu despacho entró.
Estará leyendo.
EUGENIO. No. (Asomándose.)
Tambien se quedó dormido.
Como es tan tarde... (Reforzando la voz.)
VENTURA. (Ap.) (Proyecta
enviarnos á descansar.

Pues ya se puede aguardar.)

(Se arrellana en la butaca y echa la cabeza hácia atrás como para dormir: Doña Rita duerme decididamente dejando caer la cabeza y la labor.)

EUGENIO. (Ap.) (No comprendió la indirecta.)

VENTURA. Conque durmiendo? Es muy dueño
si el dormir le satisface.
¿No creen ustedes que hace
esta noche mucho sueño?

RITA. (Como despertando un momento, y luégo volviendo á dormirse.)
Con mi jaqueca, en verdad
que ni sé si estoy despierta.

EUGENIO. (Ap.) (Pues yo los planto en la puerta
con toda solemnidad.)
(En voz alta.) Si están ustedes enfermos
ya saben que hay coche en casa.
(Ap.) (¿Qué hago yo si la hora pasa
con estos tres estafermos?)

(Se acerca á D. Ventura, que tambien se duerme ó finge dormir. Se aproxima despues á Ramona y le dice señalando á Ventura y en voz baja.)

Se durmió.

RAMONA. Cómo ha de ser.
Siempre en casa hizo lo mismo.

EUGENIO. Lástima de sinapismo.
Qué se hace! Vamos á ver!

RAMONA. Nada: dentro de tres horas
despierta tan campechano.

EUGENIO. ¡Dios me tenga de su mano!
¡Tres horas!

RAMONA. Y te acaloras
por eso? Si no hay motivo.
Te molesta su visita?

EUGENIO. Á mí? No. Pero... me irrita...

RAMONA. Vaya, qué genio tan vivo.

EUGENIO. Mire usted, están ya rojos:
les va á dar un accidente.

RAMONA. Á mí tambien...

(Fingiendo que tiene sueño é inclinando la ca-

beza á un lado.)

EUGENIO. Dios clemente!
si se le cierran los ojos!
(Avanza al primer término con ademan de desesperacion. Ramona, Rita, Ventura duermen ó fingen dormir en posisiones diversas y formado un grupo cómico aunque no grotesco. Pausa.)

EUGENIO. Que un ser de espíritu libre
y de noble pensamiento
esté sufriendo el tormento
de gente de este calibre!
Que tan ruin cadena arrastre
mi voluntad prisionera,
y que al volar á otra esfera
se lleve siempre este lastre!
Que cuando viene afanosa
á mí su imágen querida
(Sacando el retrato y contemplándolo.)
y despierto á nueva vida
me quedé durmiendo en prosa!
¡Mi Laura, mi porvenir,
mujer entre las mujeres,
tú, esperando que estos seres
estén hartos de dormir!
Ruindad! torpeza! miseria!
(Á Ramona, Rita y Ventura.)
¡Vision pura y celestial! (Al retrato.)
¡Espera, divino ideal,
que despierte la materia!
Prudencia y resignacion,
porque si no me contengo!...
La fortuna es que yo tengo
mucha, mucha educacion.
Pero toda no es bastante,
porque pensar que me espera,
y que yo de esta manera,
y con estos tres delante,
cuando de Laura diviso
los peregrinos contornos,
he de apurar tres bochornos,
y he de mostrarme sumiso,

y he de humillar mi cerviz
bajo infernales conjuras,
contemplando esas figuras
escapadas de un tapiz,
es pensar con gran exceso,
y en el exceso hay quebranto,
porque yo nunca fuí santo,
sino hombre de carne y hueso;
y al más prudente y más justo
¡cuando mucho se le asedia!...
y si Dios no lo remedia
yo voy á darles un susto.
(Acercándose para mirarlos de cerca: pasando de uno á otro y como buscando para cada uno punto de vista distinto.)
Don Ventura! Doña Rita!
y mi suegra! Tres cabales.
Y pensar que mis ideales
por una errata maldita,
ó mejor dicho por dos,
por ese grupo anduvieron!
Dios mio, pensar que fueron!...
No tengo perdon de Dios!
(Ocultándose el rostro entre las manos.)
Ó lo tengo! y soy cobarde!
(Con energía y alzando la cabeza.)
y mi culpa es culpa humana!
y el ideal de la mañana
es ridículo á la tarde!
Pero entre unas cosas y otras
el tiempo corre que vuela
y ninguno se desvela...
(Revolviéndose con impaciencia: buscando algo y reparando en el piano: se da una palmada en la frente y exclama.)
Ay de tí! (Á Ventura.)
Y ay de vosotras!
(Á Ramona y Rita.)
si no os despierta en monton
de estas teclas la armonía,
como en la vieja Abadía
de Bertran la evocacion,
despertó cuerpos terrosos,

malas monjas ya profesas,
casquivanas abadesas,
y abades libidinosos.

(Se precipita al piano y toca con el mayor estrépito posible la escena de la evocacion en la abadía de Roberto el Diablo.)

RITA. Qué ruido tan infernal!
y qué sueño tan profundo!

RAMONA. Vamos, no era de este mundo!

VENTURA. Señor, ¿quién toca tan mal?

EUGENIO. Ya se oyen crugir sus huesos:
ya se empalman: ya se empinan:
ya caminan: ya caminan.

VENTURA. Señor, ¿qué golpes son esos?

(Poco á poco se han ido levantando los tres y acercándose á Eugenio, que sigue tocando con verdadero furor. Rita tose alguna vez.)

EUGENIO. Ya vienen á tropezones
con sus toses y sus asmas:
ya se acercan los fantasmas,
es decir los fantasmones.

VENTURA. Usted ¿toca siempre así!

EUGENIO. Siempre no: de trecho en trecho.

VENTURA. Pues, amigo, buen provecho.
Vámonos, Rita, de aquí.

RITA. Vámonos: sí. No estoy buena.

RAMONA. Tan temprano os vais?

EUGENIO. (Levantándose de un salto del piano.)
Señora!
me parece que ya es hora.

VENTURA. (Despidiéndose de Eugenio.)
Siga usted con su faena.

RAMONA. (Ap. á Ventura.)
(Vuelves pronto?)

VENTURA. (Ap. á Ramona.) (Diez minutos:
si sabes que es ahí al lado.)

(Ramona, Rita y Ventura se dirigen al fondo.)

EUGENIO. Buenas noches...

(Desde el piano, del cual no se separa, pero en pié. Aparte.)

(me habeis dado.
En fin, estos son tributos

pagados á la amistad.
Aún tengo tiempo de sobra.
(Mirando al reló.)
Pero era tal mi zozobra!...
En fin... ¡la felicidad!)

RAMONA. (Volviendo del fondo.)
Que descanses.

EUGENIO. Buenas noches.
Cuide usted mucho á Sofía.
Estaba un poco...

RAMONA. Sería
cansancio.
(Sale Doña Ramona por la derecha segundo término.)

EUGENIO. Bah! no hay reproches,
por esta vez, ni sermon.
Todo de color de rosa!
Cuan hermosa! cuan hermosa!
Eh, Vicente!. . Dormilon!
(Acercandose á la puerta del estudio.)

ESCENA V.

EUGENIO.—VICENTE, que sale, sin despertar del todo, por la derecha, primer término.

VICENTE. Qué quieres, hombre? ¡qué gritos!
Tendido en una butaca
cogí el sueño ¡más hermoso!
Soñaba...

EUGENIO. Lo que soñabas
no me importa.

VICENTE. Lo agradezco.

EUGENIO. Vamos pronto: el tiempo es plata.

VICENTE. Oro dicen.

EUGENIO. Entre ingleses,
pero estamos en España.
Esta noche voy á verla.

VICENTE. Á quién?

EUGENIO. Imbécil ¡á Laura!
Despierta, hombre. (Sacudiéndolo.)

VICENTE. Ya despierto.

Si entiendo bien lo que me hablas.
¡Que teneis cita en el Real! (Gritando.)

EUGENIO. No tan alto.

VICENTE. Es que me exaltas.

EUGENIO. En el Real! Hay contra órden.
He recibido otra carta:
y como está en los secretos
de esta casa y de su casa,
me advierte que mi mujer
y mi suegra van de máscara
¡para sorprenderme! ¿entiendes?

VICENTE. Una contramina.

EUGENIO. Anda!
si me descuido me vuelan.
Aunque volado ya estaba.

VICENTE. Y bien?

EUGENIO. Y bien, que no voy.

VICENTE. Lo apruebo, chico: á la cama.
(Como para irse él tambien.)

EUGENIO. No acertaste.

VICENTE. Pues entónces...

EUGENIO. *Entónces*, no es la palabra.

VICENTE. Entónces ¿cuál es?

EUGENIO. *Ahora.*

VICENTE. Ahora?

EUGENIO. Sí. Viene á mi casa. (Al oido.)

VICENTE. *Ella misma*?

EUGENIO. No. Sería
otra misma! Calabaza!
(Dándole familiarmente un golpe en la cabeza.)
Las dos mujeres se van
y pagan su desconfianza,
(Con severidad cómica.)
porque no hay culpa en la vida
sin su castigo á la larga.
Yo en mi casita me quedo
como hombre de juicio y calma:
y ya ves, la recompensa
viene á buscarme á mi casa.
Vamos ¿qué dices? Por qué
has puesto tan mala cara?

VICENTE. Porque ¿qué mujer es esa,

que de tal manera?...

EUGENIO. Calla!
No profane tu malicia
vulgar, arranques de un alma,
que habita puras regiones,
que ni comprendes ni alcanzas.

VICENTE. Bueno, será como dices.
Pero en otra ménos santa,
tal conducta, *liviandad*
ó algo más duro se llama.

EUGENIO. Pues son en ella... ¡explosiones
de mujer enamorada!

VICENTE. ¡Que no me cogiese á mí
todo el cuerpo y toda el alma
una explosion de ese género
tres veces á la semana!

EUGENIO. Quieres callarte? Me irritas
y me indignas. Ea, basta.

VICENTE. Y sobra. Y segun parece
yo sobro tambien.

EUGENIO. (Deteniéndolo por el brazo.) Aguarda.

VICENTE. ¿No dices que va á venir?

EUGENIO. Cuando las otras dos salgan.
Y entónces te necesitó.

VICENTE. Á mí?

EUGENIO. La cosa es bien clara.
¿Tú eres mi amigo?

VICENTE. ¿Lo dudas?

EUGENIO. Pruebas te da mi confianza
de que te tengo por tal.

VICENTE. Y lo soy: conque declara
tu atrevido pensamiento,
que estoy ansioso con ganas
por conocer el papel
de paje, galan ó barba,
que en esta explosion de amor
tu noble amistad me guarda.

EUGENIO. Mira, Vicente, quisiera
que *á la una*...

VICENTE. Que á la una? acaba.

EUGENIO. Pero querrás?

VICENTE. Ya lo creo!

EUGENIO. Fueses tú mismo á buscarla.
(Vicente hace un ademan de asombro como quien dice: «¿pero hombre, he de ir yo á traértela?)
Vendrá aquí cerca: al volver:
en un coche.

VICENTE. Por qué causa
no vas tú?

EUGENIO. Porque no puedo
salir hasta que se vayan,
y si entre tanto ella llega,
y de esperarme se cansa...
Pero, te anticipas tú...
(Abrazándolo como para convencerle.)
¿Comprendes?... Y cuando armadas
de capuchon y careta
las otras dos... Con mi Laura,
con mi tesoro, mi cielo,
entras por la puerta falsa.

VICENTE. Mal nombre tiene esa puerta.

EUGENIO. Pero es discreta y callada.
Vamos, ¿consientes?

VICENTE. (Con sorna.) Consiento,
sólo por ver en qué paran
ideales que con careta
vienen y tal puerta pasan.

EUGENIO. Dame un abrazo.
(Deteniéndose y prestando atencion.)
¿Oyes ruido?

VICENTE. (Acercándose á una puerta.)
Viene gente á la callada.

EUGENIO. Para explorar el terreno.
Sígueme, desde esa estancia
á nuestra vez observamos
y al maestro cuchillada.
(Salen Eugenio y Vicente por la puerta del estudio llevándose la luz y se ocultan tras los cortinajes.)

ESCENA VI.

EUGENIO.—VICENTE, ocultos.—LAURA.—VENTURA, por la derecha, segundo término. Laura trae una luz, viene vestida de negro y con careta.

VENTURA. Ven: silencio, precaucion.
VICENTE. Tu mujer: es su estatura.
EUGENIO. De fijo. Tambien Ventura
es de la conspiracion.
VENTURA. (Impaciente y volviéndose á mirar por la puerta por donde vino.)
Si salió de su aposento,
¿qué está haciendo que no viene?
¿Señor, en qué se entretiene?
Aguarda. Vengo al momento.

ESCENA VII.

EUGENIO y VICENTE, siempre tras los cortinajes LAURA.

LAURA. (Con tono triste y poético.)
Aguarda!... Siempre aguardar!
Y sola!... si es mi destino!
Nunca el fin!... Siempre el camino!...
Y mañana... ¡Cielo y mar! (Pausa.)
Por qué querría Ramona?...
Cuánto tardan!... Tengo miedo!...
(Mirando alrededor.)
(Se acerca al espejo que está sobre el piano, dejando en él la luz que trajo, y procura arreglarse una rosa sobre el cabello.)
No puedo!... Vamos, no puedo!
EUGENIO. Una flor!... Ah, coquetona!
(Viendo Laura que no puede colocarse la rosa se quita la careta.)
Su reflejo en el cristal! (Quiere salir.)
(Laura oye ruido y apaga la luz: la sala queda completamente á oscuras. Todo esto muy rápido, de modo que la imágen de Laura sólo aparezca en el espejo un brevísimo instante. Despues todo queda en sombras.)

VICENTE Calla, loco.
EUGENIO. Loco, sí.
Fué un relámpago, mas ví
en él su imágen ideal! (1).

ESCENA VIII.

LAURA.—EUGENIO.—VICENTE, estos dos siempre ocultos: SOFÍA y VENTURA por la derecha segundo término. Sofía de negro tambien y con la careta en la mano. La escena á oscuras.

VENTURA. Paso á paso.
(Ap.) (Buena cruz
me eché con estas mujeres.
Lo que es otra... que si quieres!)
(Á Laura en voz alta.)
¿Por qué apagaste la luz?
LAURA. (Á Ventura en voz muy baja.)
(Sentí ruido.)
SOFÍA. (Tambien en voz baja.)
(Hiciste bien.)
EUGENIO. Yo la he visto.
VICENTE. Eres atroz.
SOFÍA. (Adelantándose hácia el foro.)
Venid por aquí.
EUGENIO. Su voz.
VICENTE. Vamos á ver, ¿la de quién
te trajo en suspenso el aura?
EUGENIO. La de quién! La de Sofía.
VICENTE. Ménos malo: yo creía
que era tambien la de Laura.
VENTURA. Si encontramos al traidor
(Á Sofía.) en tu prudencia confío.
SOFÍA. Que no lo encuentre, Dios mio,
ó que muera de dolor.
(Salen por el fondo Sofía, Laura y Ventura.)

---

(1) Véase la nota II.

ESCENA IX.

EUGENIO.—VICENTE.

Entran trayendo la luz, que dejan sobre el velador. Eugenio viene muy pensativo.

VICENTE. Preludio cierto de paz
y síntoma terminante:
ya ves de Laura el semblante
confundido con la faz
de tu esposa, que es volver
poco á poco hácia el redil,
y hacer un todo gentil
de la pasion y el deber.

EUGENIO. No es eso: vas muy de prisa.

VICENTE. Pues será que me confundo.

EUGENIO. Es que el ideal en el mundo
solamente se divisa,
cuando se divisa más,
una, ó dos veces, ó tres;
y pasa y huye, y despues
no vuelve á verse jamás.
Una noche de locura
envuelto en sombras lo ví,
y á mi lado lo sentí
en otra de calentura.
Con pasmosa rapidez
dióme el cristal su vision,
y me dice el corazon
¡que fué por última vez!

VENTURA. Por última? Y te previene
que está esperando en el coche!
Por última? Y esta noche
por la puerta falsa viene!
Desengaños en tu daño
forjas á más y mejor!

EUGENIO. Pues vé, y que venga mi amor
ó que venga el desengaño.

(Sale Vicente por el fondo.)

ESCENA X.

EUGENIO.

Va á venir: dice verdad:
eran vanos mis temores:
el sueño de mis amores
se convierte en realidad.
Existe: no es ilusion:
¡si la están viendo mis ojos!
(Contemplando el retrato.)
Y si estos son sus despojos
¡qué será su perfeccion!
Dudo como duda el ciego
que cegó casi al nacer,
que pueda en el fuego haber
otra cosa más que fuego;
pero que rompa el capuz
que da sombra á los cristales
de sus ojos, y á raudales
entrará en ellos la luz.
Vendrá: la conoceré;
y la necia que intentara
engañarme, se llevara
soberano chasco á fé.
La prueba en mi mente está:
una frase que los dos
sabemos no más y Dios,
«*ó en la vida ó más allá.*»
Si con esta frase sella
mi primer grito...
(Escuchando con afan.) Ya vienen...
Ya se acercan.—Se detienen...
Cumplo su mandato.
(Abre el balcon por donde entra un rayo de luna y apaga la luz. En este momento se presenta en el fondo vestida de negro y con careta una mujer.)

ESCENA XI.

EUGENIO.—UNA MÁSCARA.

EUGENIO. ¡Es ella!

(La mujer avanza hasta colocarse en el rayo de luna. Eugenio queda á la derecha sin atreverse á dar un paso y vacilando entre la esperanza y el temor.)

Es ella!... ¿Pero será?... (Aparte.)
Como ha tanto que nos vimos
ya dudaba...

(Dice esto desde lejos y con voz apagada.)

MÁSCARA. Convinimos,
«que en la vida ó más allá.»

EUGENIO. (Da un grito y se acerca apasionadamente á ella con todos los arrebatos que la prudencia permita.)

Ya no dudo... Laura mia!
Ya no es posible el engaño!
Te he esperado todo un año!
Qué eterno!... No concluía!
Muéstrame tu blanca tez:
rasga el raso: rasga el velo,
y contemple yo ese cielo
en toda su esplendidez!
Por qué la careta negra
no arrancas de ese semblante!

RAMONA. Eugenio... ¡tienes bastante!

EUGENIO. Laura!... mi Laura!... ¡¡mi suegra!!

(Doña Ramona y Eugenio envueltos en el mismo rayo de luna: doña Ramona se quita la careta y vuelve el rostro con cierta gachonería hácia Eugenio: este en el primer momento se acerca á ella como para beber la luz de su primera mirada, despues retrocede horrorizado. Todo esto queda encomendado al talento de los actores.)

¡Mentira, mentira!...

(Como huyendo de una vision.)

RAMONA. Pues,
tú podrás dudar ó no;
pero tu suegra soy yo,
de la cabeza á los piés.

EUGENIO. (Acercándose á ella con aire amenazador.)
Y ha pensado usted que á mí
nadie me pone en ridículo?

RAMONA. No sales con mal versículo!
Como hace un año te dí
otra broma allá en el Real
y la encontraste tan bien,
quién adivinaba, quién,
qué esta te supiese mal?
(Eugenio hace ademanes de asombro que equivalen á una interrogacion.)
Qué esperas de la fortuna,
si el contemplar no te alegra
á toda tu mamá suegra
al resplandor de la luna?
Un bello ideal has buscado
en fantásticas regiones:
diste algunos tropezones,
pero al fin lo has encontrado.

EUGENIO. Pero era usted? Me confundo!
Pero y Laura?

RAMONA. Laura bella?
si quieres irte con ella
prepara el viaje á otro mundo.

EUGENIO. Ha muerto?

RAMONA. No digo más
que lo dicho, y no te asombre;
(Eugenio se deja caer en la butaca de la izquierda.)
que aunque mujer, soy un hombre
en el no mentir jamás.

EUGENIO. Pero tambien el retrato
es de usted?

RAMONA. Cuando tenía
quince años. ¡Me parecía!...

EUGENIO. Luego soy un insensato!

RAMONA. Ni más ni ménos: en prosa.
Y sólo así te he sufrido (Con dignidad.)

que dijeses... lo que olvido,
á la madre de tu esposa.

VICENTE. Lo sabe?

RAMONA. Loca estaría.

(Se quita el dominó y lo arroja sobre una silla.)

Ahora si eres caballero
recuerda que yo no quiero
que me mates á Sofía.

(Con emocion, casi con lágrimas. Despues se dirige á la derecha, primer término.)

ESCENA XII.

EUGENIO.—DOÑA RAMONA.—SOFÍA.—VICENTE.

RAMONA. Ha vuelto la niña?

VICENTE. Sí,
y por usté, y de su parte,
le dije, que sólo el arte
le tiene fuera de sí:
que es un santo, un inocente:
que es materia averiguada:
que prepara un cuadro... nada:
cualquier cosa.

RAMONA. Bien, Vicente.

VICENTE. Silencio.

(Señalando á Sofía que viene por la derecha, segundo término. Sofía avanza lentamente y se coloca en pié detrás de Eugenio: este sentado en la butaca y cubriéndose el rostro con las manos; Ramona y Eugenio en la puerta del estudio. Pausa. Eugenio se vuelve y ve á su mujer.)

EUGENIO. Sofía.

SOFÍA. (Acercándose á él afanosa y amante.)
Dí,
has llorado?

EUGENIO. Y no lo siento.

SOFÍA. De qué?

EUGENIO. De remordimiento.
SOFÍA. Remordimiento!
EUGENIO. Por tí.
SOFÍA. Es por mí! Vírgen sagrada!
de gozo estalla mi pecho!
EUGENIO. Porque no tengo derecho
para hacerte desgraciada.
(Se levanta con ímpetu y se abrazan.)
SOFÍA. Si no lo soy de este modo.
EUGENIO. De veras?... De veras?
SOFÍA. Toma!...
EUGENIO. Juntos á París!
SOFÍA. Y á Roma!
EUGENIO. (Quedan en primer término hablando y apretándose las manos.)
Tambien... á Roma por todo!
VICENTE. (Deteniendo a la derecha á Ramona, que quiere acercarse á su hija.)
Ahora que ya se arreglaron,
si usted quisiera explicarme...
RAMONA. Para qué?
VICENTE. Para enterarme.
Engañóse ó le engañaron?
Yo no lo sé y me confundo.
Porque el ideal de ese triste
¿existe?
RAMONA. El ideal existe
siempre... *pero en otro mundo.*
(Vicente y Doña Ramona se acercan á Eugenio y Sofía.)
EUGENIO. (Tendiendo los brazos á Vicente.)
Ven aquí...
VICENTE. Ya estás cabal?
SOFÍA. (Abrazándola.) Soy muy feliz, madre mia!
EUGENIO. (Á Vicente.) Tambien mi pobre Sofía
EN POS CORRE DE UN IDEAL.
(Adelantándose al proscenio.)
Corrimos tras dos ideales
los dos con afan profundo,
El mio voló á otro mundo
de espíritus celestiales.
El suyo, que alas caudales

ni tiene, ni ha menester,
al fin se dejó coger.
¿Cómo no, si está á la mano;
si es terreno; si es humano;
si es el ideal del deber?

FIN DE LA COMEDIA.

NOTAS.

I.

Un eminente crítico me censura con desusada acritud por haber atribuido á Judas el acto de pública limpieza que realizó Pilatos.

Yo, sin embargo, y despues de dar á aquella profunda observacion todo el valor que tiene, y que muestra una potencia de análisis bajo todos conceptos notable, insisto en que Rafael se lavó las manos como Judas. Porque al fin y al cabo Judas pudo ser un mal Apóstol y tener el capricho de llevar las manos limpias.

II.

En *este momento* y *en esta escena*, está condensado el pensamiento de la obra, á pesar de haber dicho otro crítico (no el de Judas) que Laura era un personaje inútil, creado con el único objeto de alargar el acto.

Laura es el *ideal* y *el ideal existe;* se *presenta un instante, sólo un instante y luégo se borra.*

Rafael lo busca: lo persigue: pero en vano. Una vez y otra tropieza con la realidad bajo su forma más prosáica; en ocasiones bajo su más grotesca forma.

Al fin su ideal se va á *otro mundo.*

Esto he querido hacer, y esto he querido pintar en una comedia ligera y sencilla.

Si no lo he conseguido, paciencia. Y si hasta cierto punto lo hubiera conseguido, paciencia tambien.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

El domador de fieras.....	1	D. J. Campo Arana (*Mitad*).	L.
El güinero celoso.....	1	Manuel Fernandez...	L. y M.
El lucero del alba.....	1	Manuel Fernandez..	M.
Entre dos tios.....	1	Manuel Nieto.....	M.
La jota aragonesa.....	1	Sres. Navarro y Fernandez Caballero.....	L. y M.
La matancera....	1	D. Manuel Fernandez...	L. y M.
La pecadora, cancion.....	1	Sres. Alvarez, Puente y Caballero.....	L. y M.
Las hijas del tambor mayor.....	1	R. L. P. de Guzman.	L.
Las guarachas	1	D. Manuel Fernandez..	L. y M.
Los negros catedráticos.....	1	Manuel Fernandez..	L. y M.
Nos matamos.....	1	Navarro y Nieto....	L. y M.
Sonó la flauta.....	1	Cuartero y Taboada.	L. y M.
Espiridion en Vulcano.....	2	Rafael Taboada. *Mit.*	M.
La clave..... ..	2	Campo Arana (*Mitad*)	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Dené.*—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.